

ANAL DE MARCA

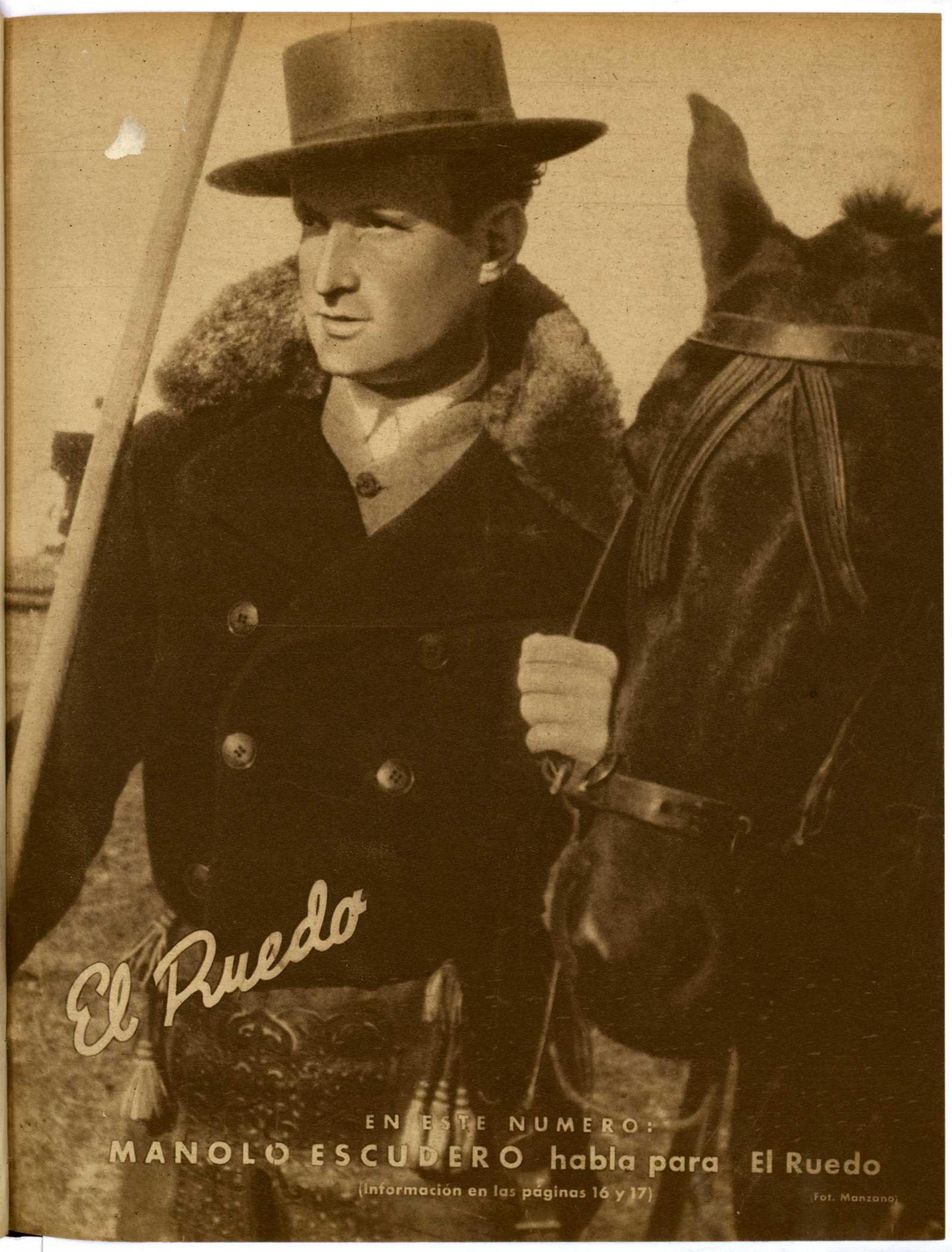
El Ruedo



1⁵⁰
Pts



Toreros en el pueblo
(Dibujo de Casero.)



El Ruedo

EN ESTE NUMERO:
MANOLO ESCUDERO habla para El Ruedo

(Información en las páginas 16 y 17)

(Fot. Manzano)

ORO VIEJO

POR ANTONIO CASERO

CURRO PUYA



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II - Madrid, 4 de enero de 1945 - Núm. 30

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LLEVABA la última temporada taurina camino de no acabarse. Liquidada, al parecer, con la corrida de Gerona, una serie de festivales con novillos-toros, a veces con más peso que muchos toros de los que se lidiaron en corridas de postín, tenían en actividad las plumas taurinas, aunque sólo fuera para pergeñar unas líneas de elogiosa reseña.

Pero las doce campanadas fatales de la noche de San Silvestre echaron, al fin, a rodar la temporada de 1944. ¿Fausta? ¿Infausta?... No tengo el menor inconveniente en confesar que para mí, desde el punto de vista artístico, que es el de los «toreristas», como nos llaman los «toristas», ha sido fausta, espléndida, y no digo insuperable porque soy un tozudo creyente en las posibilidades de los hombres. Soy un optimista y he de suponer, consecuentemente, que las cosas ocurrirán mejor todavía en este año de 1945 que acabamos de estrenar con la vieja alegría y la renovada ilusión que nos poseen en todos los estrenos.

El año 1945 nos sitúa ya, resueltamente, ante la nueva temporada. De un leve examen de conciencia llegaremos todos —casi todos los aficionados— a la conclusión de que en la fenecida temporada contribuimos desorbitadamente a fomentar el «torerismo» con gravísimo daño del «torismo».

Y contribuimos, porque, pese a nuestra buena intención, al aparecer en la arena el novillo —o el becerro!— en cuanto el diestro de turno se apretaba, se ceñía, dibujaba unos laneces, perfilaba unos estatuarios, tiraba del torete en una bien ligada serie de naturales, se adornaba en molinetes, manoleínas, rodillazos y desplantes y lograba una estocada más o menos perfecta, pero eficaz, perturbados por el maleficio o embrujo de lo que acabábamos de contemplar, absolutamente olvidados del toro, torete o becerro, cuya vida extinta arrastraban las mulillas hacia el desolladero, nos entregábamos a un delirante frenesí de ovaciones, gritos de entusiasmo, pañuelos al aire y prendas al ruedo.

Pero la verdad es que esto nos divirtió cumplidamente, y aunque luego nos arrepentíamos de nuestra ligereza, volvíamos a la corrida siguiente para reincidir en el mismo pecado.

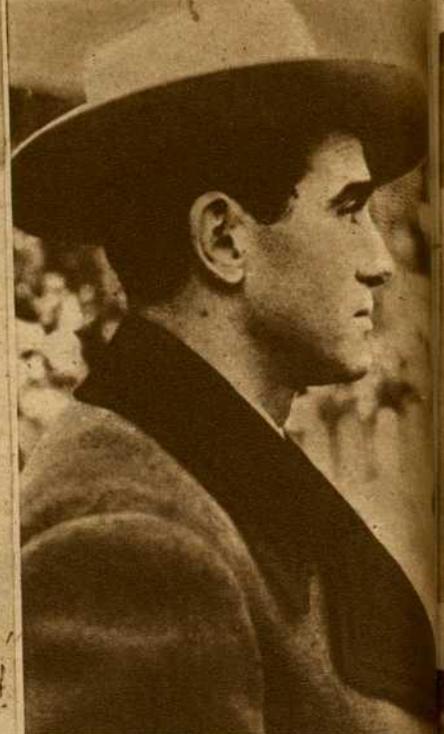
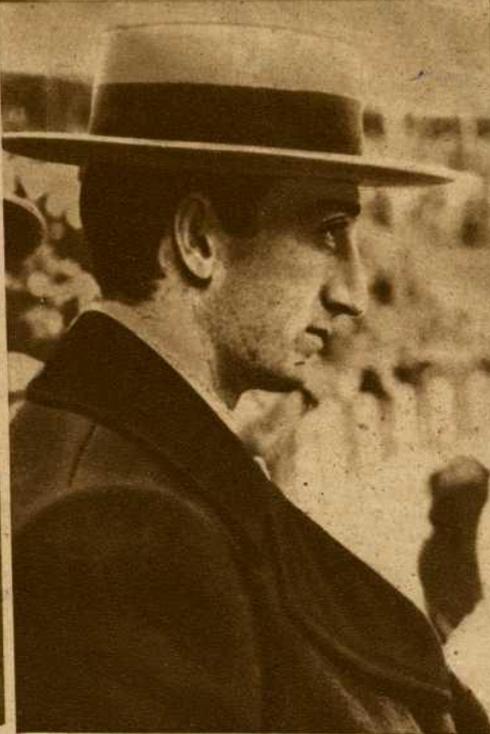
Porque lo que ocurre en nuestros tiempos es que presenciamos muchas corridas con balance artístico favorable. No están remotos —y nosotros mismos los hemos vivido— aquellos en que un diestro podía vivir no ya una, sino varias temporadas, de una sola faena de muleta. Ahora ninguno puede conseguir otro tanto. Una docena de corridas, cortando siempre orejas, en la temporada de 1944, apenas dan, por ejemplo, a Curro Caro seguridades de torear en la de 1945.

Y es que el pundonor profesional de algunas figuras de primera fila persistiendo tarde tras tarde en satisfacer a los públicos, ha puesto así las cosas. El estímulo fué cundiendo entre los astros coletudos, y es cada vez más raro que se acabe una corrida con resultado artístico nulo. Que no disminuya el peso de los toros, sino que se aumente, aunque no sea mucho, y verán ustedes cómo la temporada del año que acaba de empezar será la más brillante de todos los tiempos.



En la Redacción de "Levante" se hizo entrega, hace unos días, de un cheque de diez mil pesetas, importe de la suscripción abierta para acudir en socorro de la madre del infortunado diestro Manolo Cortés. Las dos notas recogen el momento en que el crítico taurino del diario "Levante" efectúa la entrega de las diez mil pesetas a que alcanzó la suscripción iniciada por el apoderado de Carlos Arruza, don Andrés Gago. (Fots. Vidal.)

FESTIVAL EN LINARES



El Estudiante, antes de empezar el festival Manolete espera su turno para intervenir Curro Caro en el festival de Linares El aficionado Pepe Martín, que también participó



El Estudiante, con la preja de su novillo Manolete correspondiendo a las ovaciones del público Curro Caro dando la vuelta al ruedo después de su faena Alvaro Doméca, con la oreja y el rabo de su enemigo

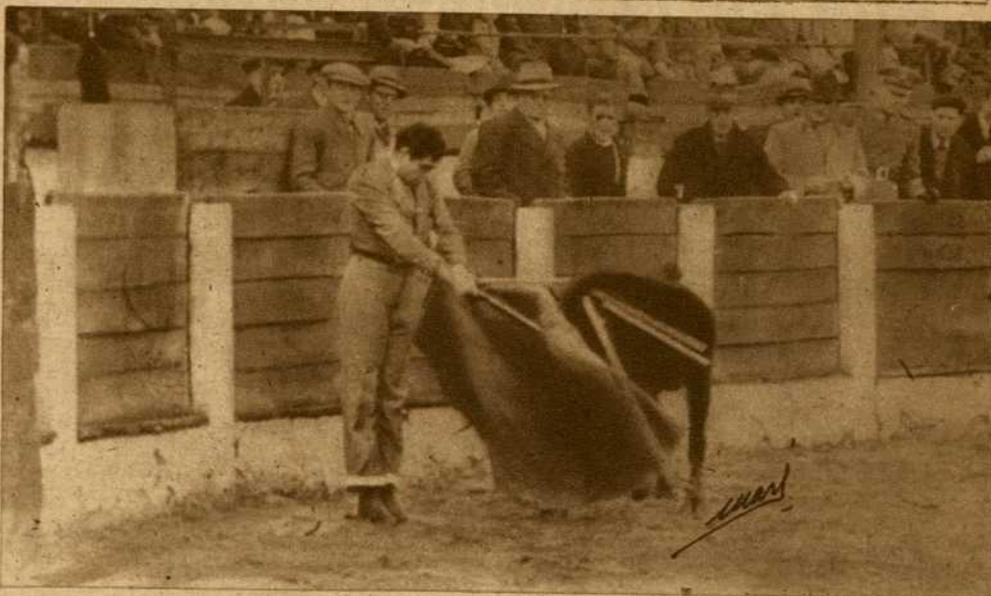


Las señoritas de la presidencia se dirigen a la Plaza de Linares Tres bellas señoritas de la presidencia esperan que comience el festival

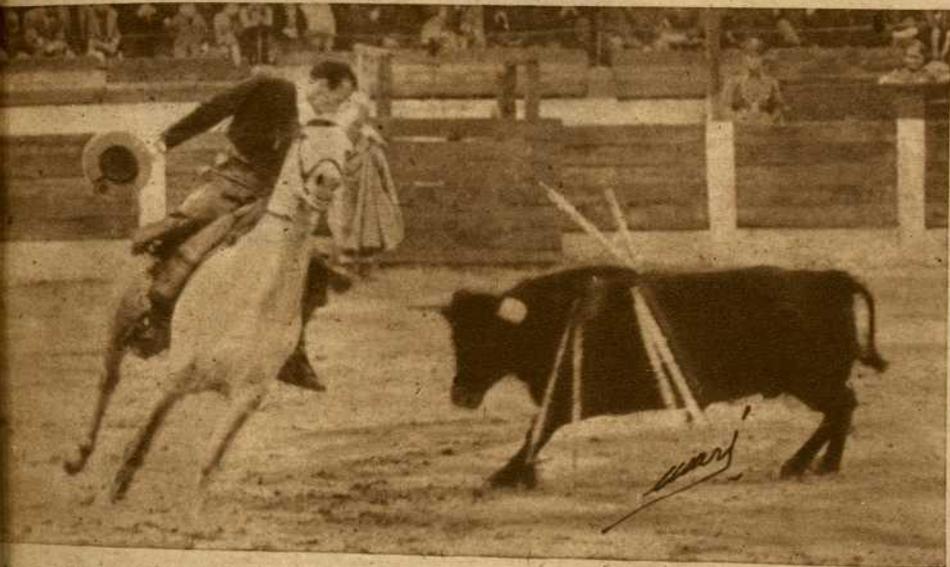
ALVARO DOMEQ, EL ESTUDIANTE, MANOLETE, CURRO CARO Y PEPE MARTIN



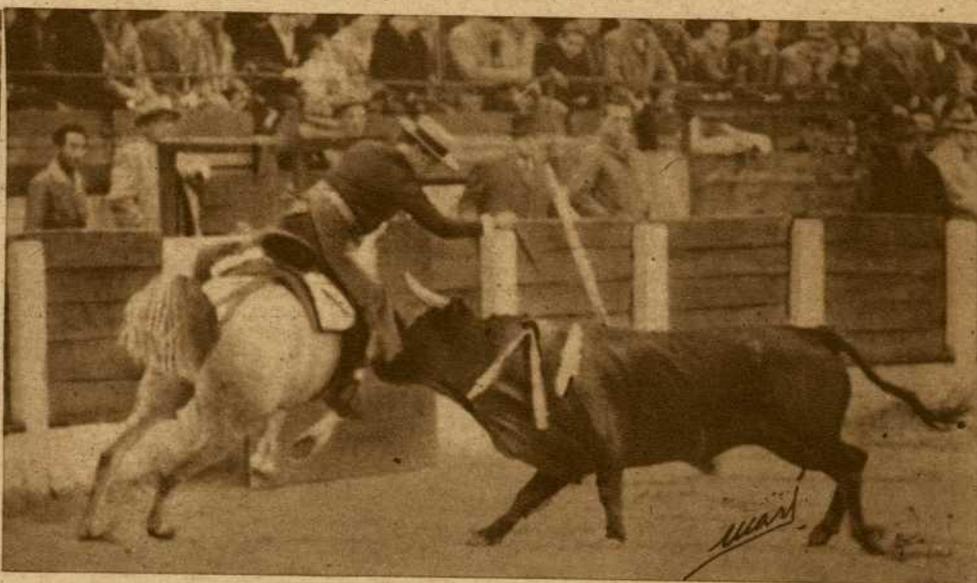
Un muletazo con la derecha del diestro cordobés. (Fotos Mari.)



Curro Caro iniciando un pase por alto, pegado en tablas



Alvaro Domecq llega hasta la cara del novillo, provocando la embestida



El rejoneador jerezano ciava un par de banderillas en todo lo alto



Domecq y los cuatro matadores, antes de hacer el paseillo



Un muletazo por bajo con la izquierda de Pepe Martín



Alvaro Domecq toreando al natural con la derecha



Manolete en un templado lance la capa, en el festival de Linares

Allá en el Rancho Grande

Por EL CACHETERO



Hoy, aprovechando las fiestas, vamos a hacer un paréntesis en el comentario de la fenecida temporada y vamos a trasladarnos a Méjico, también con ánimo de comentar lo que va pasando por allá y entre aquí y allá, porque va a sobrar materia, no para una crónica, sino para diecisiete al menos. Ya estamos, pues, en Méjico, con más comodidad y menos escalas que los más lujosos viajeros del «Clipper» lisboeta.

Ante todo, vamos a remachar un poco en el clavo que el otro día se clavó hasta la cabeza en la página taurina de *Marca*. Por la fuerza, por la gracia y por la justeza empleada hay que adivinar que debajo de aquel anónimo comentario, escondido casi en una esquina de la tal página, andaba nuestro compañero «Barico». Por si hay lectores que cometen el error de serlo sólo de EL

RUEDO y no de la diaria página del periódico *Marca*, aquello era una felicitación por haber logrado, ¡al fin!, desinfectar las páginas y secciones taurinas de aquellos despachos que venían firmados con una «U» descomunal. Aquello de «Toros de Zolotucas, cumplieron. Fulanito, éxito apoteósico. Seis orejas. Tres rabos. Hombros hotel. Contratado por veinte corridas más. Por más que se supiese el truco, había gente que aun recordando casi días antes a Fulanito corriendo delante de cuanto salía por los chiqueros; comenzaba a picar y aun se pretendían carteles después de tales «hazañas» americanas. Ahora, en cambio, estamos tan informados de cuánto taurinamente ocurre allende los mares —y aun lo estaremos más, es decir, extendiendo la noticia exacta hasta de la última Plaza del Estado más recóndito—, como se suele estarlo de todo lo que ocurre en el mundo. Que no hay razón para que se divulguen los detalles precisos del último terremoto de Antofagasta y haya un género de noticias, no trascendentes, pero sí que interesan como tales a bastantes personas, abandonadas al juego de la publicidad y del embaucamiento. De eso, con «Barico» y yo, creo que nos congratularemos todos los aficionados que no negociamos con «el toro».

Pues por ese medio seguro van llegando noticias. Unas que entendemos y otras que habrán de explicarse, como lo de la «confirmación» de alternativa en la Plaza de El Torero, de Pepe Luis Vázquez. Así ha corrido la noticia, y si no hay un puro error, nuestro desconcierto es descomunal. ¿Cómo no se dice nada de la de Gallito o de la de Antonio Bienvenida, que son posteriores, aunque el primero la confirmase antes en Madrid? Y ya ha llegado, posteriormente a esta crónica, la noticia de la «confirmación» de Antonio Bienvenida. Pero, sobre todo, ¿qué es eso de confirmar la alternativa en Méjico? ¿En qué convenio o protocolo consta eso y cuándo se ha oído algo parecido? No tengo demasiado tiempo para ponerme a buscar datos, que por otra parte harían pesadísimo el artículo, pero nada me suena al oído de que tal ceremonia se precisase jamás. Y lo que me pareció mal es que el espada —que eso sí que hay precedentes de que por un malentendido en cuestión de precedencia y fecha de alternativa se echasen incluso a perder posibles carreras taurinas— pase por ello, despojándose de uno más de lo que hemos dado en llamar últimos vestigios de la torería al modo antiguo. Con su código de desechos y obligaciones irremediables. Nunca, hasta ahora, se habían abogado en el Atlántico los derechos de una alternativa confirmada en Madrid para necesitar revalidación en el fin del mundo.

Del resto de noticias, que la temporada de allá viene siendo bastante floja. Es decir, mala, con pocas atenuantes y con unas broncas apocalípticas. Que los nuestros siguen más o menos en la línea que conocemos de ellos, sin cablegramas de «U» que lo desmientan, porque ya no surten efecto. Acabados los acabados, medrosos los medrosos, artistas los artistas, pero sin que ninguno, hasta la fecha, haya tomado el mando torero de la temporada de Méjico. Y los indígenas se las campan bastante mal también para tomarlo y así todo es arrojar almohadillas y encender fogatas con los programas y los bocetos encarecidos. Como nota de conjunto asoma el que allí no se ve una buena estocada ni para un remedio, porque la verdad es que los viajeros nuestros no son El Chiclanero a este respecto, si salvamos alguna genialidad de Joaquín Rodríguez, que alguna rara vez hace honor a su apellido espada en mano. Y de los mejicanos, parece que el fenómeno Silverio es espada de mala muerte, y que Arriaza, que aquí se mostró estoqueador turbio y acorralado, pero muy efectivo y emocional, pincha y bajonea lo suyo. En fin, ¡qué mal van dejando las noticias que vienen a la propaganda que asomó y se prepara para la próxima temporada! Por más que se airee una faena de movimiento y todo —o sea monumental en sentido estricto—, al toro Tanguito, de Pastéjé, hay que convenir, zuriendo corrido con habanera, que allá en el Rancho Grande pasan las mismas cosas, mamita mía, que aquí en España.



MACHAQUITO cumplió el martes sesenta y cinco años

RAFAEL González, Machaquito, ha cumplido el martes sesenta y cinco años de edad, por cuanto que nació el día 2 de enero de 1880 en Córdoba.

Sensacional para los aficionados de toda España fué la inesperada noticia de su retirada, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1913, con la grandiosa sencillez que caracterizó todos los actos de su vida.

Cinco días antes había toreado en Madrid por última vez para darle la alternativa a Belmonte, «el nuevo fenómeno». El último toro que estoqueó se llamaba Lunarejo, castaño, marcado con el número 19, de la ganadería de Bañuelos, que resultó un verdadero buey, al que foguearon Cantimplas y Camará, despenándolo Machaquito de tres estocadas y un descabello.

Nadie suponía que con aquella corrida pondría el bravo cordobés colofón a su vida de lidiador. Gozaba de gran celebridad, contaba treinta y tres años y estaba pleotérico de facultades. Por eso causó tan viva impresión la noticia de que en una habitación del Palace Hotel, doña Angeles



Rafael González, Machaquito, hoy

Clementión le había cortado la coleta a su esposo, Machaquito.

Este había tomado la alternativa en la Plaza de Madrid el 16 de septiembre de 1900, cediéndole Bombita I el toro Costillares, del duque de Veragua. Toreó, desde esa fecha hasta su retirada, 113 corridas en el coso madrileño. Acabó, en total, en 750 corridas de toros y en más de un centenar de novilladas, dando muerte a 1.753 toros y 308 novillos. Sufrió una veintena cogidas de consideración, siendo la de mayor gravedad la acaecida en Madrid la tarde del 6 de octubre de 1911, en cuya tarde fué alcanzado y lanzado a gran altura por el toro Pandero, de Gamero Cívico, produciéndose, al caer, la dislocación del cuello, por lo que estuvo muchos meses padeciendo, además de los dolores de las distensiones cervicales, la tortura de un aparato ortopédico.

Por su hazaña del 2 de agosto de 1902 en Hinojosa del Duque, fecha en que evitó una catástrofe al matar un toro que se había abalanzado sobre las víctimas del hundimiento de la Plaza, está en posesión de la Cruz de Beneficencia.

Muchas son las anécdotas que se cuentan del valiente torero y formidable estoqueador. Hoy, con motivo del aniversario de su natalicio, voy a exhumar una de ellas, acaso la mejor, muy poco conocida. Se trata de una pequeña historia, fuertemente emotiva y elocuentemente abecedadora. Machaquito poseía un reloj que no era de pared precisamente. Feo, tosco, de gran volumen y baja calidad. Lo llevaba siempre en un bolsillo del lado izquierdo del chaleco, pegado al corazón. Se hallaba el torero en plena celebridad, era rico y le sobraban halagos, alhajas y dinero. Pues bien; Machaquito no se recató jamás de sacar su ordinario reloj para comprobar la hora en todas partes y lugares que fuera menester, produciendo el asombro de las gentes, que no comprendían cómo un torero de *tonio* usaba tan humilde cronómetro. Pero Machaquito, al que los grandes de España le habían regalado en brindis valiosísimos relojes de oro, nunca quiso desprenderse de aquella máquina sencillísima.

Hasta que se vino en conocimiento de que aquel reloj lo había adquirido cuando adolescente, a costa de grandes sacrificios. Para ir a torear diariamente a un cortijo, siendo aficionado, tenía que tomar un tren en marcha en un sitio y a una hora determinados. Y le hacía falta un reloj para no perder aquel tren. Su buena madre le daba todas las madrugadas un real para el desayuno. Pero su desayuno consistía en la fruta que en un huerto cercano al lugar se le ofrecía a la tentación y a la gula. Y Machaquito se guardaba diariamente el realito hasta reunir lo necesario para comprar el codiciado reloj.

Un día le sorprendió el guarda cuando *afanaba* la fruta para su desayuno. En su bárbara exasperación le impulsó al torerillo el tremendo castigo de obligarle a tirar de la noria, sustituyendo al burro que estaba enganchado a la misma. El burro, digo, el guarda, celebró de lo lindo su genialidad de mente atrevida. Y, ¡oh paradoja!, aquel infeliz torerillo, rebajado en tal ocasión a la condición de bestia, convertido ya en el gran Machaquito, compró también el huerto de marras e incluso llegó a respetar el destino de aquel guarda brutal.

Machaquito le tenía gran afecto a su reloj y le concedía un valor ingente, por que muchos no supieron reconocer. Y es que aquella materia la había transformado en espíritu, al conseguir su obtención con el sacrificio de su cuerpo y de su propio espíritu.

Machaquito acaba de cumplir sesenta y cinco años. ¿Qué ha hecho usted de su reloj, señor don Rafael?

ANGELILLO, el banderillero que hizo abandonar un día al GUERRA su retiro de Córdoba

La primera vez que actuó en Madrid, formando pareja con el VITO, salió en hombros de la Plaza

“Aquel toro de Burdeos que pesaba 400 kilos”

PARA las más jóvenes generaciones de aficionados—los que llegamos a la fiesta cuando la muerte de Joselito en Talavera era ya un recuerdo—tal vez no signifique ni evoque nada el nombre de Angel González, Angelillo...; pero preguntada a los que doblaron hace algunos años el medio siglo, y veréis cómo brota espontáneo el elogio. Espontáneo y bien merecido, porque Angelillo llenó con su arte de rehiletero excepcional toda una época de la torería moderna. Fué tanta su fama, que hasta Guerrita dejó un día su retiro de Córdoba y fué a verle—llevado por la curiosidad— a la Plaza de Cabra. Mimado por los públicos de España, Portugal, Brasil y Méjico, Angelillo vivió unos años de coruscante meteoro, para apagarse después, lejos de su Sevilla, en un rincón de Lisboa. Sin fortuna, porque o no pudo reunirlos o no previó la llegada de los malos tiempos, Angelillo sintió el tirón de la Patria, y un buen día—hace trece años— se volvió a Sevilla con su hijo, y aquí vive, si no en la total indigencia, con un humilde pasar, que bien merece que su caso—el reverso poco frecuente de la medalla de la gloria ida—se estudie con cariño por «La Vejez del Toro», esa magnífica institución que tiene su sede en nuestra ciudad, precisamente, para ver si es posible remediar, en parte, el problema que para el viejo Angelillo representa ganarse cada día su sustento.

Angel González, Angelillo, pasó su niñez en el barrio torero del Arenal, donde su padre tenía abierta una taberna, a la que concurrían con asiduidad los aficionados de los alrededores. Por aquellos años—1890-1891—, la fiesta de toros llenaba con su renovada emoción la vida de la ciudad. Angelillo oía todas las tardes en las tertulias del Arenal los comentarios encendidos de los que defendían al Espartero frente a los partidarios del Guerra, y ardía en deseos por penetrar en aquel mundo maravilloso del toro, donde tanta pasión había y donde era posible ganar fama y dinero... Su amistad con los mozaibetes de Triana—que iban a las capeas más concurridas de Andalucía—le hizo pensar en acudir a Espejo, donde se anunciaban unos festejos taurinos. Su hermano Pepe—mayor que Angelillo—lo tenía también decidido, y esto influyó decisivamente en el ánimo del muchacho. Así fué como un día Angelillo abandonó su casa, con un trozo de sábana teñido de rojo, que pensaba utilizar como capote, sin un céntimo en el bolsillo, pero con un mundo de ilusiones auestas... Se metió en el tren, protegido por la complicidad de unos viajeros; pero antes de llegar a Lora del Río fué descubierto y tuvo que abandonar el viaje. Al fin, después de muchas peripecias, consiguió llegar a Espejo, donde esperaba encontrar a su hermano... Una mala noticia le salió entonces al paso: su hermano Pepe había muerto atropellado por el tren días antes, cuando intentaba cruzar por las vías en la misma estación que Angelillo había interrumpido su viaje. Angelillo rompió a llorar con sus trece años mal contados, pero no se privó de darle a los torillos unos capotazos destemplados. Dos semanas después, Angelillo, con la trágica experiencia de su primera salida, regresaba a Sevilla con el propósito de ser torero. De acuerdo con este deseo, comenzó a frecuentar los corrales de Tablada, donde siempre había ganado de media sangre destinado al matadero y donde no era difícil, contando con la ayuda del viejo Posadas, que lo guardaba, dar unos lances y simular todas las suertes del toro. Las hazañas de Angelillo en Tablada fueron bien pronto conocidas en el barrio, contando con la ayuda del viejo Posadas, que lo guardaba, dar unos lances y simular todas las suertes del toro. Las hazañas de Angelillo en Tablada fueron bien pronto conocidas en el barrio, contando con la ayuda del viejo Posadas, que lo guardaba, dar unos lances y simular todas las suertes del toro. Las hazañas de Angelillo en Tablada fueron bien pronto conocidas en el barrio, contando con la ayuda del viejo Posadas, que lo guardaba, dar unos lances y simular todas las suertes del toro.

Nadie—nos dice Angelillo—sabía quiénes eran los afortunados... Cuando nos enteramos de que los elegidos éramos el Vito y yo, saltamos de gozo. Nos hicieron a cada uno un traje verde y plata, y salimos para Madrid, donde iniciaba Bienvenida aquel año la temporada. La corrida fué un éxito. El Vito y yo salimos en hombros de la Plaza... Al día siguiente, la Prensa se deshizo en elogios. «Ni Pablo Ray ni nadie», decían los aficionados. De mí añadían que ponía las banderillas al cuarteo marcando los tiempos con suma perfección. Yo juntaba los pies y me hacía un arco delante del toro...

El éxito se repitió en Málaga, en Bilbao, en Sevilla... La pareja Angelillo-Vito ganó bien pronto la estimación de la afición.

Un día—continúa su historia Angelillo—, en la Maestranza, nos vió Meilla, un viejo picador metido a intermediario en negocios taurinos, y nos dijo que fuésemos por la noche a un puesto de la Puerta de la Carne, que se llamaba «La Pileta», donde podríamos hablar con don Bartolo Muñoz, empresario de la Plaza de Sevilla... Don Bartolo nos convidó a café, y después de ofrecernos un puro, nos contrató para torear, como matadores, el domingo siguiente. Nos daba 750 pesetas... Aceptamos, y nos presentamos en una función de ocho novillos de don José Anastasio Martín con Pepete y Maera el mayor. Seis temporadas anduve por esas Plazas... En Zamora la Real tomó la alternativa de manos de Moreno de Alcalá. Hasta que volví a ser banderillero. Entonces actué con Rafael el Gallo, con Vicente Pastor, con Juan Belmonte...

—Cuando comenzó usted su carrera de banderillero, ¿le gustaba imitar a algún maestro?

—No. Yo banderilleaba sin pensar en nadie... Sin embargo, tenía un magnífico consejero en Antonio Carmano, El Gordito, suegro de don José Anastasio Martín, que venía mucho por casa... Decía que yo ponía las banderillas al cuarteo mejor que Chicorro. Él había sido un fenómeno con los palitroques; incluso los había puesto con los pies metidos en un aro... Yo llegué a poner banderillas con las manos atadas. Era un riesgo que entonces tenía muchos partidarios. En «La Lidia» se publicaron algunas fotografías de «eso»...

—¿Cuántas cogidas sufrió usted?

—Graves, cuatro. Una de ellas, en el brazo, me dejó sin fuerza la mano izquierda. Por eso, en los últimos tiempos, yo prefería clavar banderillas cortas, porque el esfuerzo era menor... Mire usted: una vez, toreando en Sevilla, se me acercó el mozo de estoque Antonio Muñoz y me dijo que un señor quería que clavase un par muy original: eran dos amapolas protegidas por un pincho. Quedaban sobre el morrillo del toro como si estuviesen pegadas.

—¿De qué tercio de banderillas guarda usted mejor recuerdo?

Angelillo hace un elogio de los toreros cordobeses de su época antes de contestar a nuestra pregunta.

—Me querían mucho los cordobeses... Una vez en Burdeos le salió a Lagartijo Chico un toro de mucha presencia, que debió dar en la báscula más de los 404 kilos. «¡Si me dejaran!», le dije yo al Pollo Posturas... «Tú sabes—me dijo entonces el matador, que se enteró por casualidad—que puedes banderillar cuantas veces se te antoje». Cogí los palos cortos, me fui derecho al toro y se los clavé en el morrillo, tan cerca uno de otro, que al pronto creí que no había podido prenderle más que una banderilla... ¡Estaban tan juntas!

—¿Cuántas veces fué usted a América?

—Méjico lo visité una vez. Fuí como sobresaliente de espada contratado para diecinueve corridas. Pero toré muchas más. Con el padre de Chicuelo tomé parte en ocho o nueve «fuera de contrato». Otra temporada fuí al Brasil, donde toré diez corridas. A Portugal he ido muchas veces. Incluso he vivido una larga temporada en Lisboa. Allí tenía buenos amigos y allí me casé. Allí toré también, hace trece años, mi última corrida...

Hay un dejo inconfundible de amargura en las últimas palabras de Angelillo... Guardamos silencio. Angelillo se queja de su situación, de la falta de amigos...

—¿No sería posible—nos dice—que me diesen un empleo en la Plaza de Toros de la Maestranza? Podría servir las banderillas... o hacer cualquier otra cosa que no pidiera grandes esfuerzos. Porque yo, señor, tengo ya sesenta y dos años y no puedo aspirar a otra cosa. ¡Pero servir las banderillas!...

¡Servir las banderillas! ¿Por qué no? Si Angelillo dió en su juventud a la fiesta de toros tardes de gloria en el difícil arte de las banderillas, bien merece su vejez la atención de los que viven y trabajan en los ruedos. Cualquier solución—la pensión de «La Vejez del Toro» o un empleo en la Plaza sevillana—será buena. Que traída o no por estas líneas, que eso no cuenta para nuestra Revista, tendrá el reconocimiento de todos.

FRANCISCO NARBONA

(Fots. Luis Arenas.)



Cinco momentos de Angelillo en su charla para EL RUEDO

LAS GRANDES FIGURAS DEL TOREO

FERMIN RIVERA



Aprovecho la gentileza del
simpático semanario "El
Ruedo" para desear a la
afición española un feliz
año 1945.

FERMIN RIVERA

FRENTE A FRENTE

POR SIGUIRIYAS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



FRENTE a frente, en la portadilla del número 29 de esta Revista —aquí reproducida para que mi artículo no se desgrane a palo seco—, vemos a Rafael Gómez Ortega y a Curro Puya, dos figuras que fueron del toreo desaparecido por distintas causas y concausas. ¿Vale la pena hablar de ellas?

No vamos a descubrir ahora, ni a recordar siquiera, el arte y la gracia con que orlaron su profesión. Es otro el motivo que nos inspira la vista de este par de hombres que, frente a frente, recortan sus perfiles en el tercio de sol.

Cuentan los mayores —¡ni con tormento le llamo yo viejo a don Natalio Rivas!— que Lagartijo «el Grande» fué el matador de toros que tuvo más devotos verdad, ciegos para todo lo que al gran cordobés no se refiera. Llegaban en su exagerado delirio a considerarse reintegrados, ¡con creces!, del durito que costaba la entrada de sombra, sólo con verle terciarse el capotillo de paseo; que si luego venía lo extraordinario, era a modo de garboso suplemento y como miel sobre hojuelas.

No diré yo tanto de este par de cañis aunque me brinden ejemplos de desatentada idolatría muchas ocasiones al uso y en candelero, si bien puedo sentirme compensado —y esto no levantará críticas— de los seis reales que me costó el número 29 de EL RUEDO.

Vamos a la cosa; y si a usted, tan amigo de lo serio y concreto, no le hace gracia, tengamos la fiesta en paz, que ni yo quiero imponer mis inocentes tonterías ni pelearme con nadie.

¡Lástima que estén de piel, porque de pie no se cantan sino *сандanguillos*, atenzándose al hombro del tocador, montando un pie en el palo de la silla del tocador y poniendo los ojos en el colodrilo del tocador, en las bambalinas, en las estrellas o en las musarañas. Gesto que también comienza a dar categoría a los *сандanguilleros* al desgairé. —Nota: Ruego al lector que consulte en su Diccionario, si quiere, lo que significa la palabra *desgairé*.

Sentados estos toreros de la portadilla, sin perder el gesto ni la actitud que en ella ofrecen, díganme si no está el Gallo cantando *por siguiரியas* y Curro Puya diciendo bajito ¡olé!

—Se me cayó el pelo
con la inspiración.
«Undebé» permíta que a ti se te caiga
mechón a mechón.

Y ¡vaya si empezó a perderlo Curro Puya!

Aquella misma tarde de la alternativa en El Puerto cortó la oreja de su segundo toro; que Vigilante, el del doctorado, fué un pavo mansurrón y sabihondo, sin más aliño para su singraciería que las rachas del Levantucho cargadas de sal y malas intenciones, al que se le da lo mismo de las velillas latinas en las barcas de já-bega y trasmallo que de las muletas y capotes en aquellas manos de cordobán.

Francisco Vega de los Reyes, Curro Puya —y ¡ojol!, que no es mote—, con sus desigualdades y rarezas, dejó el recuerdo de una inspiración garbeando en lo más alto de Sevilla; que de la playa de «La Puntilla» la alzó aquella tarde del verano de 1927 el arcángel tocayo de Rafael, para cambiársela al Giraldillo por su capotón de chapa.

¡Pobre Curro Puya! En plena genialidad de cal y arena le cortó las alas un toro de don Graciliano que se llamaba... «¡Fandanguero!» Así tenía que llamarse el patoso que de tan mala manera acabó con este muchacho de perfil calcado en el de Ramsés, que escucha atento y eternecido las *siguiரியas* del «divino calvo».

A las puertas del cielo, vestido de granate y oro, cantó *por martinetes*:

Mi me yaman Curro Puya
por la tierra y por la má,
y en el barrio de Triana
la piedra fundamentá.



—Claro que sí, Curro —diría San Pedro franqueándole el postigo—; toma por ese caminillo entre jazmines, y al final, a la izquierda, en una glorieta de marimoñas, tienes tu sillita. Allí está también Paco «el de Mairena», Perico Montoya, Fernando y Joselito, Anica Amaya, Sebastián «el Mico», Paco Villegas...

Todas las nubes que ves hacia ese lado son humo de aceite frito... Se guisan por su cuenta. Fué preciso transigir... ¡Qué remedio!

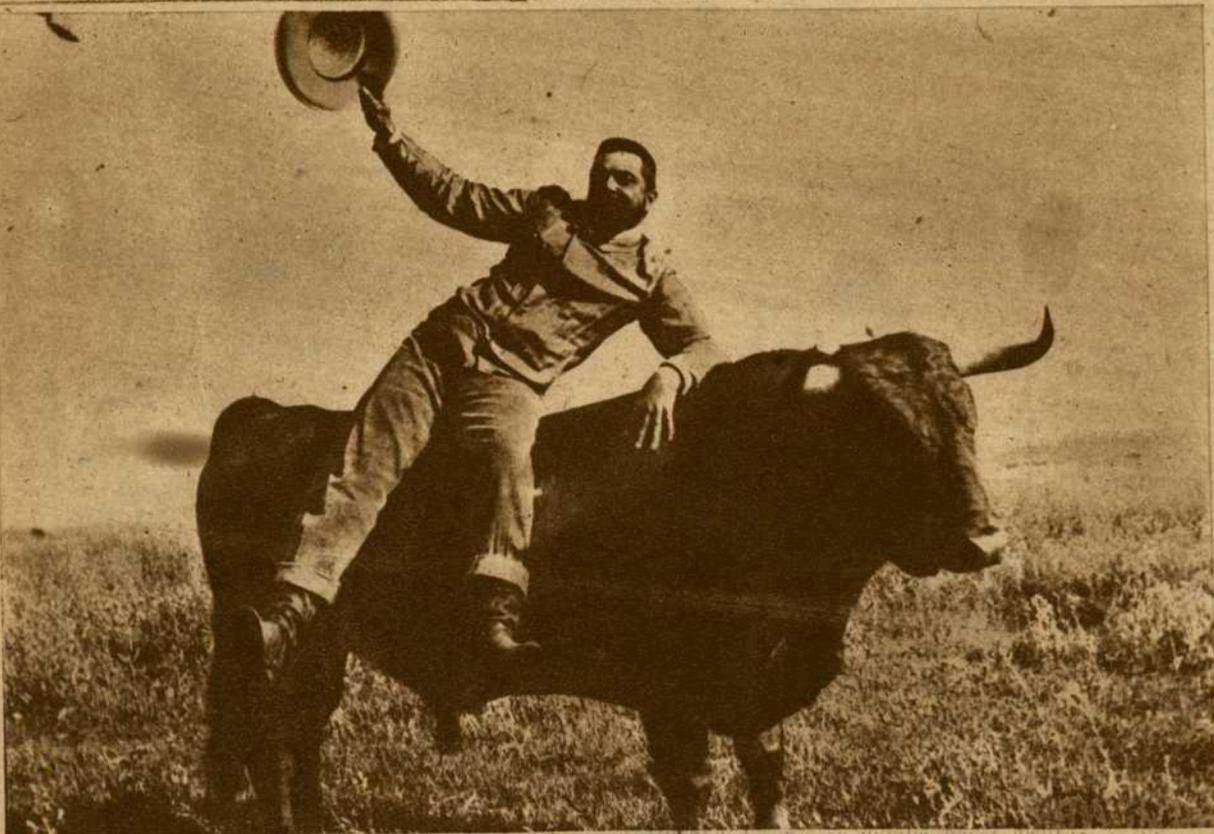
Y con pasitos de *mirabrá*, menudas y pintureros, se perdió Curro Puya camino alante en busca de su sitio.

Muchos años nos espere por allá, que aquí nos queda Rafael, el Gallo. Ya no canta *por siguiரியas*... pero hace son como nadie, porque es único.



No es tan "fiero" el toro como lo pintan..

Las heridas que recibe no solo no le acobardan, sino que le excitan



Este es el toro "Cuna", de la ganadería de don Joaquín Serrano, que se dejó hacer locuras, y fue matado dos veces (una en Sevilla y otra en Portugal), siendo ambas perdonada la muerte por su bravura y nobleza. (Fot. Serrano.)



El marqués de Guadalest y el mayoral de su ganadería posan ante la máquina junto a un buey suizo, que les sirve de sostén.

ASTANTES casos se han dado de reses que dejaron acariciar por manos femeninas o masculinas; pero, por regla general, esas reses tan «carinosas» lo fueron desde muy pequeñas, casi desde que nacieron, al ser criadas, al tener que ser alimentadas con biberón o sopas de leche al morir la madre —y por qué no la cría otra vaca?, preguntará algún lector, y a eso contesto aclarando que el becerro o becerra que pierde a la madre en el momento de nacer o a los pocos días, no agarra a la ubre de otra vaca, y antes de que muera el animalillo, se le cría como sea, comúnmente con biberón o sopas, y de ahí que en algunas ganaderías se denomine «toro soperero» aquel al que se le alimentado de joven como ya queda dicho.

Al ternero pequeño o recién nacido, al que ha de criar artificialmente, es lógico y natural que ese alimento, cuando la res es inofensiva, se le dé a mano, y si más adelante, a medida que el astado crece, se sigue sin tenerle miedo, puede llegar hasta el caso de acariciarle incluso de toro hecho y derecho y en condiciones de ser lidiado en corrida.

Muchas veces he pensado sobre el caso de si los toros, aunque no hayan sido criados artificialmente, se les podría y se dejarían acariciar, y he pensado la consecuencia de que esto bien pudiera ocurrir con la inmensa mayoría de las reses, y ello no se lleva a la práctica es por el miedo intuitivo que se las tiene y ellas de por sí causan en su aspecto bonachón y tranquilo, pero amenazador en el fondo de su mirada dura y penetrante.

He aquí bastantes fotografías, en las se ve cómo se acaricia e incluso cómo se cabalga sobre un toro y se le tira del rabo. Y esos toros se alimentaron y se criaron como los demás, en el campo, en plena naturaleza, y se les acaricia porque alguien tuvo la ocasión, por la proximidad del astado, a pasar la mano por el lomo o el testuz, sin que el animal hiciera el menor movimiento agresivo, y entonces el hombre, más confiado o, si se quiere, temerario, se decidió a continuar las caricias al toro o novillo que siempre se dejó haber esto sin embestir y sin arrojarse contra el osado que tal atrevimiento llevaba a la práctica.

Bastantes toros se han hecho célebres por su docilidad en la ganadería o en los corrales, y luego por su bravura y fiereza en el ruedo, e incluso lo ha habido que durante la lidia, y al ser llamado por el vaquero que los cuidaba, han interrumpido la lidia para acudir dócilmente, apaciblemente, al lugar donde su antiguo guardián se encontraba para que éste pudiera acariciarle, unas veces, desde dentro de la barrera, y otras, desde el propio ruedo.

Acabadas estas caricias, el astado ha continuado embistiendo más y mejor, cada vez con más afición y bravura, y creo recordar que ha habido toros que he muerto de muerte, al oír la voz del vaquero, tal como se ve en la fotografía.

Creo firmemente, como ya he dicho, que en la inmensa mayoría de los casos esas caricias tendrían lugar si nos atreviéramos a ello, si le perdiéramos ese miedo insuperable



Plaza de Barcelona. El mayoral, afectuoso y sosegado, "invita a merendar" a un toro sobrero de Medina Garvey, que en los corrales pasó un invierno entero. (Fot. Rodero.)

y como puede verse hasta se deja acariciar

La res de lidia es un animal dócil que embiste cuando se la hostiga

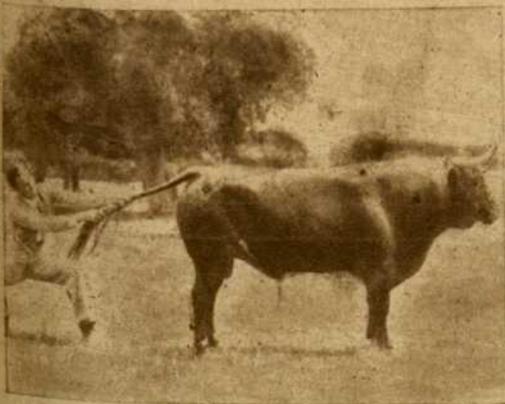
que nos produce la sola presencia y la sola proximidad de las reses, sean del sexo que sean y de la edad y trapío que sean.

El toro es un animal dócil y tranquilo, que embiste cuando se le hostiga o cuando se le castiga o desafía, y entonces su fiereza, latente en su organismo y a punto siempre de estallar, cuando se le presenta lucha o se le invita a la pelea, surge brutal, y vienen esas espantables arrancadas que son burladas por los toreros con capote o muleta, en un engaño continuo y constante, que puede persistir por esa indomable fiereza que produce en los toros el castigo más o menos grande, pero continuado, de la lidia.

El toro es el único animal de la creación que no se acobarda por las heridas que recibe, sino que, por el contrario, le excitan más y más, y, por regla general, a mayor castigo opone mayor bravura, y en lugar de lo que hacen otros animales, que, heridos, huyen, el toro (trato, como es natural, del toro bravo y aun del que no lo sea), en vez de hacerlo así, continúa y aumenta una pelea desigual para él, porque a sus ciegas acometidas opone el hombre, el torero, la sabiduría de su profesión, el arte y, en muchas ocasiones, el instinto de conservación, que le hace repentizar movimientos que le salvan y evitan los embroques del toro, que se lanza sobre él con el solo afán de prender aquel cuerpo vestido de seda y oro, que le hostiga llevándolo, como toda defensa, una capa o una muleta de vivos colores para excitar, hasta la exageración, la ira y molestar sobremanera al poderoso, pujante y bravo bicho.

Si, efectivamente, los astados se dejan acariciar, y ello no se lleva a efecto por miedo del hombre, y si éste se atreviese a hacerlo, ¿perdería bravura el ganado? De ninguna manera, pues por lo escrito creo haber demostrado que toros que han sido dóciles en los prados o en los corrales, hasta el extremo de parecer estar domesticados, en los ruedos, más tarde, durante la lidia, han hecho una pelea brava, pujante y fiera, como si nadie se hubiese arriesgado a pasarle la mano por el lomo, como si de un perrillo faldero o de un caballo o animal doméstico se tratase.

Insisto, pues, en que todos o casi todos los toros podrían ser acariciados sin que dejaran de tener bravura para la posterior lucha con el hombre, encerrados ambos en el círculo de los ruedos de las Plazas, ante miles de espectadores, afanosos de ver y presenciar cómo el torero triunfa, después de enganar, con arte y sabiduría, las ciegas, pero a la par peligrosas embestidas de los toros, que pugnan por prender y herir, cuando no matar, a los diestros que juegan con la muerte en una lucha artística, graciosa y bella a la par, y siempre o casi siempre sin mostrar preocupación o temor, que existe, que es natural que exista, pero que no sale

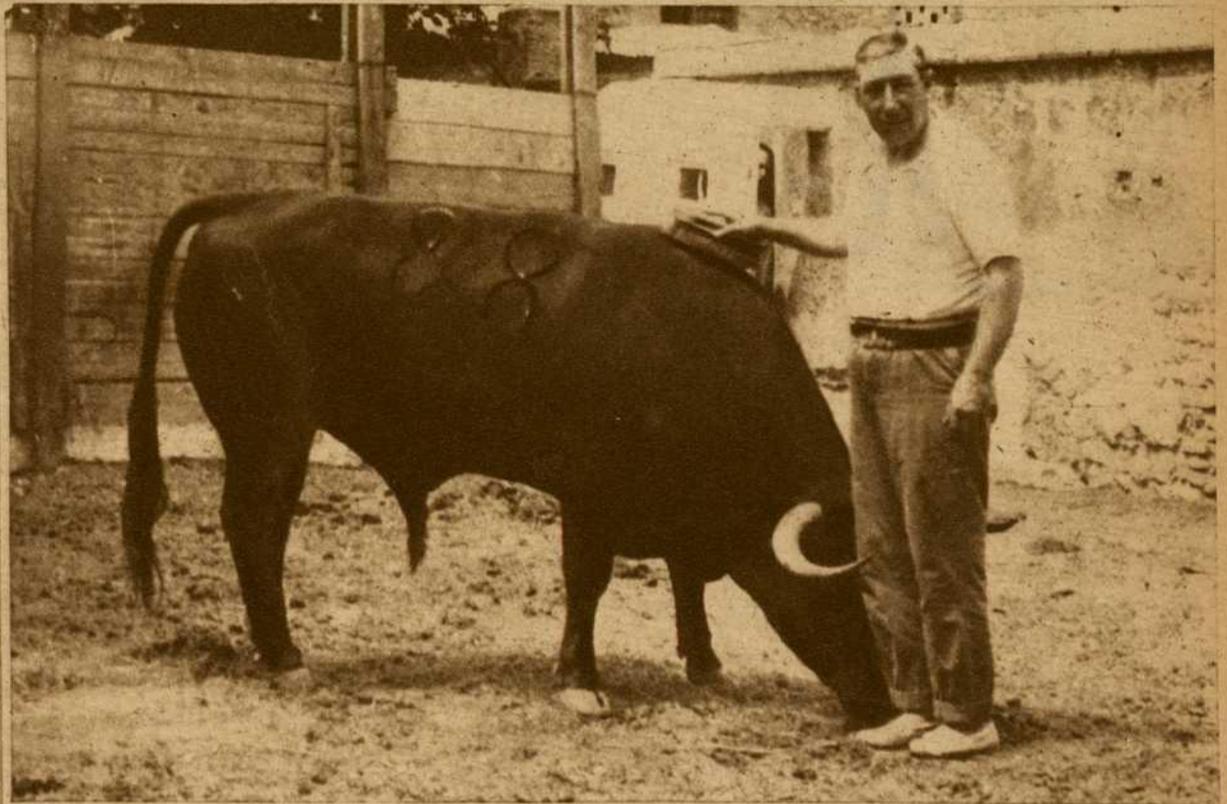


Civilón, el famoso toro de J. Cobaleda, es sometido a la tortura de esos tirones del rabo que, con todas sus fuerzas, lleva a efecto el popular matador Luis Gómez, El Estudiante. (Fot. Baldomero.)

a flor de piel, en virtud de la voluntad, que en el torero se llama valor.

Quedamos en que los toros pueden que se dejen acariciar; pero yo no le aconsejo a nadie que lo intente.

CHAVITO



Vito, el mayoral de la Plaza valenciana, cepilla cuidadosamente a este toro, uno de los varios que el citado vaquero ha dominado con su valor y sangre fría. (Fot. Finezas.)



El que fué popularísimo fotógrafo, Rodero, en los corrales de la Plaza Vieja madrileña, acaricia al toro Borujito, de Aleas, sin darle importancia a las reses que a su espalda quedaron. (Fot. González.)



Vicente Pastor, en su casa, en compañía de sus hermanos. La fotografía está hecha en la casa que actualmente habita el diestro de Embajadores

VIII

ESTE siglo XX cuya mitad estamos bordeando se inició en su primer año, tauromáquicamente considerado, con el taurerismo a todo pasto.

Don Tancredo López, aquel pintorcico valenciano que titulóse pomposamente *Fascinador-illusionista de toros bravos* en las Plazas, con el natural contentamiento de los empresarios y de cuantos se dedicaban a la entonces floreciente industria de expendir bebidas electrolíticas — porque el hipnotizador cornudo, fuera de los palcos, era un constante adorador de Baco —, se había presentado con su emocionante experimento en la madrileña Plaza en los finales del 1900, y en los meses de enero y febrero siguientes se hizo el amo del desaparecido palcos, actuando en él en repetidas y continuadas ocasiones.

Y no tardaron en aparecer los imitadores de uno y otro sexo, extendiéndose la fiebre taurerista en términos aterradores.

Fué, por consiguiente, enorme la popularidad del auténtico sugestionador piteudo.

*Don Tancredo, don Tancredo,
en su vida tuvo miedo.
Don Tancredo es un barbilán.
Hay que ver a don Tancredo
subido en su pedestal!*

Estas y otras coplas por el estilo ensalzando el emocionante trabajo del señor López hicieron furor entre los madrileños de aquella época, y bastante tiempo transcurrió hasta que los agnosca taurinas volvieron a su cauce.

Desaparecido trágicamente el año anterior el inolvidable Domingo del Campo, Domingúin, los aficionados buscaron entre los novilleros recién llegados: Juan López Sal, Saleri — que adelantándose a nuestro Domingo Ortega de hoguero se había apodado el primer apellido —; El Chico de la Blusa y Antonio Boto, Regatón, el más reciente de la Villa del Oso y del Madroño, y todos aquellos sólo en el diestro de la calle de Embajadores veían cifradas sus esperanzas.

Más fino Saleri que Vicente torcando, aquél era de colorado oficio de cuellos, como antes se acostumbra decir, discretamente, del tercer elemento de valor.

El sobrino de los célebres Landerillero, Regatillos, y seguido casi siempre por su mala estrella, hallábase más tiempo en marcos de cajones que vestido con traje de luces en los redondeles.

El Chico de la Blusa, con una afición sin límites y plétora de voluntad para situarse en el torco, había terminado la temporada anterior lucidamente y (1900) se le presentaba de color de rosa.

Doctorados ya Ricardo Torres, Bombita, Rafael Molina, Lagartijo, y el otro Rafael González, Machaquito, el campo novilleril estaba excedido, porque los novillos, Rafael Gómez, Gallito, y Manuel Molina, Algabente, se habían quedado reducidos a la más mínima expresión con traje de luces, después de a guisa descabellada competencia con los jóvenes cordobeses.

Vicente Pastor, que ya había recibido el aplorado a don Manuel Lagarte de la Fuente, diligente aficionado que más tarde popularizó el pseudónimo de Niño de los Ríos en distintos periódicos

El Chico de la Blusa recibe las reacciones del público madrileño en su actuación del día 2 de marzo de 1902



taurinos, fué anunciado para torcar en Madrid el 3 y el 21 de febrero con novillos de Mariano Arroyo y Conradi y los diestros Fernando Herrero, Cantaritos — sobrino del famoso picador Cantareros —, Gregorio Taravillo, Platerito, Saleri y Chicuelo, respectivamente; pero el viento, la lluvia y la nieve, porque



Vicente Pastor y Machaquito con merendero de la Bombilla

Historia taurina de VICENTE PASTOR

La epidemia del taurerismo. Los aficionados madrileños buscan un ídolo. Dos novilladas suspendidas y ocho toreadas. La afición de antaño y hogaño. Rivalidad entre el Chico y Saleri. La vida de entonces. Camino de la alternativa

aquel mes de febrero se presentó para que se hicieran ricos los médicos, farmacéuticos y funerarios, lo echó a rodar todo, suspendiéndose tales novilladas, que habían despertado un justificado interés.

Pródigo en éxitos para Vicente este año 1901, como más adelante verá el lector, no pisó el ruedo madrileño hasta el 14 de julio, porque circunstancialmente una ola de novilleros andaluces invadió el circo de la carretera de Aravaca, desfilando por él hasta dicha última fecha: Revuelto, Cantaritos, Camisero, Bocanegra, Rorro, Chicuelo y Capita, con el natural disgusto de los parroquianos madrileños, que ansiaban ver a colchetudo pañano, y muy particularmente al Chico de la Blusa.

En aquel día 14 de julio se celebró en la Corte una corrida con ocho novillos de Ibarra, los cuatro últimos lidiados en Plaza partida, en la que actuaron Vicente Saleri, Chicuelo y Cocherito de Bilbao.

Por cierto que en esta corrida, torcando en la parte derecha del dividido ruedo el bilbaíno y el madrileño, como viera Vicente que Cocherito colocó al quebro un par de banderillas cortas, el Chico hizo lo propio, dejando llegar al bruto hasta un terreno inverosímil, por lo que fué ovacionado frenéticamente.

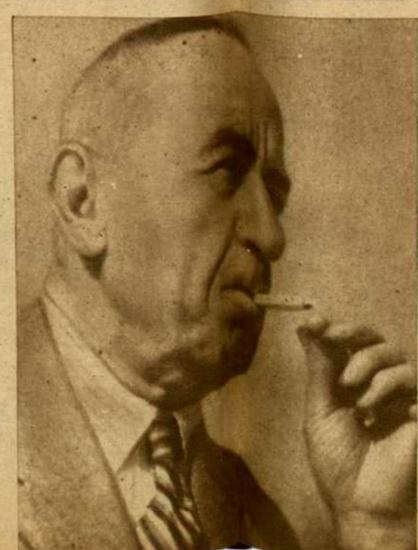
Y a partir de aquella

tarde, Pastor toró en el madrileño como siete novilladas más.

El 21 del citado julio, con Palomar Chico y Bocanegra, reses de Palha, que dieron mal juego; el 4 de agosto, Pérez de la Concha, con Chicuelo, avis a diez; el 18 siguiente, con Cocherito de Bilbao y Rorro, novillos de Anastasio Martín e Ibarra; el 1.º de septiembre, Veraguas, con Saleri; el 27 de octubre, Bañuelos y Palhas, con el anterior espada; el 3 de noviembre, cornúpetos de Gernero Cívico, con el otro madrileño, Antonio Segura, Segurita, y el 10 de este último citado mes, con el rejón de Saleri, reses de Filiberto Murado.

En estas ocho corridas se le vió a Vicente progresar notablemente, confirmando los éxitos que venía obteniendo por provincias, desahucando las pasiones entre sus partidarios y los de Saleri en grado extremo y sacando la Empresa de tal estado de cosas favorables resultados para su gaveta, siendo al final de la jornada Pastor el que se afianzó más en su posición, con la ilimitada algaría de los cientos y cientos de parroquianos de los barrios bajos, que siempre que veían a su torero anunciado acudían en romería, atravesando a peonza el Retiro, para acortar distancias y ahorrase el importe del tranvía.

Bríndame el hecho la



Enlilio Bomba, el mismo día de llegar de Méjico, visita al diestro madrileño en el hotel donde se hospeda

oportunidad para dedicar unas líneas al público que asistía entonces al inolvidable tauródromo comparándole con el de hoy.

Gustaba a los aficionados de aquellos días contribuir con sus aplausos alentadores al desarrollo y formación de los novilleros hasta verlos convertidos en matadores de toros, si los aspirantes a este título tenían valor y deseos para ver convertidos en realidad sus ilusiones.

Y este caso, por no citar otros, se dió en El Chico de la Blusa, desde que por vez primera se enfrentó con los embolados.

Muy distinto es actualmente el público que asiste a las novilladas. Para presentarse en estos tiempos ante la afición madrileña un novillero tiene que hacerlo con todas las asignaturas taurinas muy bien aprendidas y apto para tomar en seguida la alternativa.

De otra manera, el novillero no interesa, y es porque los espectadores, en su mayoría transitorios, no sienten la fiesta como los de antaño, tratando de sacar el mayor rendimiento a las pécetas que previamente se dejan en las taquillas de la Plaza.

No censuro el hecho, y si sólo estableció una comparación entre los aficionados de una y otra época.

TRAYECTORIA TAURINA DE PASTOR

Volviendo a la trayectoria taurómaca de Vicente Pastor, este año 1901, repito, fué de positivos resultados artísticos y económicos, y hasta se habló de su alternativa para el siguiente año; pero el torero no se dejó seducir por ningún canto de sirena, porque una de sus mejores condiciones fué la de proceder siempre reflexivamente, no dejándose llevar por opiniones ajenas, sino madurando bien sus planes para el porvenir, obrando por cuenta propia y sin caer aprisionado en la adulación, de la que siempre tuvo muy buena cuidado de alejarse.

Su vida continuaba siendo modesta, y sus costumbres, morigeradas. Durante la mañana se dedicaba al ejercicio dando largos paseos por los alrededores de la que a un momento era gran urbe.

Por la tarde, a su tertulia del café Inglés, constituida por aficionados veteranos de gran solvencia que habían tomado cariño al muchacho, y entre los que recordamos al señor Antonio, el Anticuario; el pintor Llaneces, Manolo Retana, el popular sastrero años más tarde metido en los berenjenales taurinos por obra y gracia del célebre Mosquera, y otros, de los que me ocuparé más extensamente cuando llegue el momento oportuno, y por las noches a jugar al billar en la tertulia del café Lisboa o al teatro de la Zarzuela, donde el siempre llorado Pepe Riquelme hacía las delicias de los espectadores con el sainete, entonces en boga, titulado *El Bateo*.

LA TABERNA DE LUMBRERAS

Tampoco faltaba a la célebre taberna de Lumbreras, situada, como me parece ya tengo dicho, en la calle de Espoz y Mina, más tarde de un modesto ex torero llamado Santiago Sánchez, Cerrajero, padre político del desventurado diestro Andrés del Campo, Domingúin II. Concurrían a aquel establecimiento vinícola, formando tertulia en un lugar apartado del despacho público, los célebres toreros Valentín Martín, Antonio Moreno, Lagartijillo, y la crema y nata de los aficionados de por

aquel entonces, y a todos oía hablar Vicente, recordando lo que para su carrera estimaba conveniente.

Así transcurrió aquel año 1901, precursor de la alternativa de Vicente Pastor, acontecimiento para los «pastoristas» inolvidable, después de su última etapa novilleril, de la que me ocuparé en el próximo capítulo.

DON JUSTO

Vicente Pastor en la Plaza de Méjico. El torero madrileño después de dar muerte a su toro



EMILIO PORSET, cartelista y pintor de toros

Por M. Barberi Archidona

satirica en sabrosos epigramas —género de clásica raigambre española—, que, a fuerza de hacerse populares, se prodigaron en las hojas de calendario de varios decenios y en las secciones recreativas y amenas de las revistas ilustradas de la época. El otro, don Julián, parco en gestos y palabras, atendía asiduamente su establecimiento. Ambos hermanos eran grandes aficionados a toros, de aquellos cuya opinión se escucha. Otro hermano mucho más joven —el único madrileño de los tres— no iba nunca o casi nunca a la Plaza. Los toros le aburrían. Si sus hermanos le llevaban a alguna corrida, salía de ella bostezando.

Este abandonó totalmente la tradición familiar y desde muy niño se dedicó afanosamente al dibujo, asistió más tarde a las clases de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y concurrió después con éxito a certámenes, Exposiciones y concursos, señalándose como artista de positivo mérito y brillante porvenir. Este era Emilio Porset.

**

Este nombre del muchacho, a quien no gustaban los toros, ha gritado triunfalmente durante años y años en las esquinas de las calles céntricas de las ciudades en fiestas; ha iluminado con sus colores las paredes de las tabernas populares cercanas a los cosos; ha hecho estallar su algarabía de líneas y de luces, llenas de la vibrante alegría de la fiesta nacional, en las salas de Exposición. Porque Emilio Porset, a quien aburrían los toros, fué uno de los primeros cartelistas y pintores de toros de su tiempo.

Intimo amigo de don Alejandro Saint-Aubin, aquel gran deleitante de todas las artes, aunque no llegara a profundizar en ninguna, Emilio Porset, utilizó siempre para realizar sus trabajos el Estudio que su amigo tenía suntuosamente instalado en el palacio de su propiedad, en la calle de las Huertas —una de las últimas muestras del barroco madrileño que perduran en la capital de España—, y donde había vivido durante muchos años don José Canalejas con su primera esposa.

Alejandro Saint-Aubin, escritor y pintor muy mediocre, pero hombre a quien su bondad, su distinción, lo ilustre de su cuna y su gran fortuna habían granjeado muchas simpatías entre los círculos artísticos y el gran mundo madrileño, ejercía la crítica musical en el *Heraldo*. Como era costumbre de la época, Saint-Aubin solía alternar sus crónicas musicales con algunas misceláneas taurinas, ya que una extraña tradición periodística, ya perdida por fortuna, lo quería así, y eran repetidísimos los casos de que la misma pluma tratase en las páginas de un diario la actualidad musical y las revistas de toros. Era éste el caso, por ejemplo, de Peña y Goñi, Carmena y Millán, Eduardo Muñoz y posteriormente Alejandro Pérez Lugín, postrer cultivador de esa dualidad tan incomprensible como curiosa.

Era el caso que al Estudio de Saint-Aubin concurrían muchos toreros y se hablaba mucho de toros; que Emilio Porset escuchaba aquellas conversaciones y respiraba aquel ambiente, y que un día intentó con brillante fortuna fijar sus recuerdos sobre una de las pocas corridas a que en su vida había asistido en un lienzo, y que insistió después, en vista del éxito obtenido y de la complacencia estética que ello le procuraba y que, más adelante, los temas taurinos fueron la base casi exclusiva de su pintura.

¡El cartel de toros! El clarín vibrante, anunciador de la fiesta; el grito mudo, acicateador del interés y de la afición... Pocos supieron acertar en él tan plenamente como Emilio Porset. Su arte vivo y coloreado daba tonos realistas a la fiesta, le comunicaba al lienzo su optimismo hondo y vibrante.



Emilio Porset, con su hermano don Liborio, pintando en el estudio de Alejandro Saint-Aubin

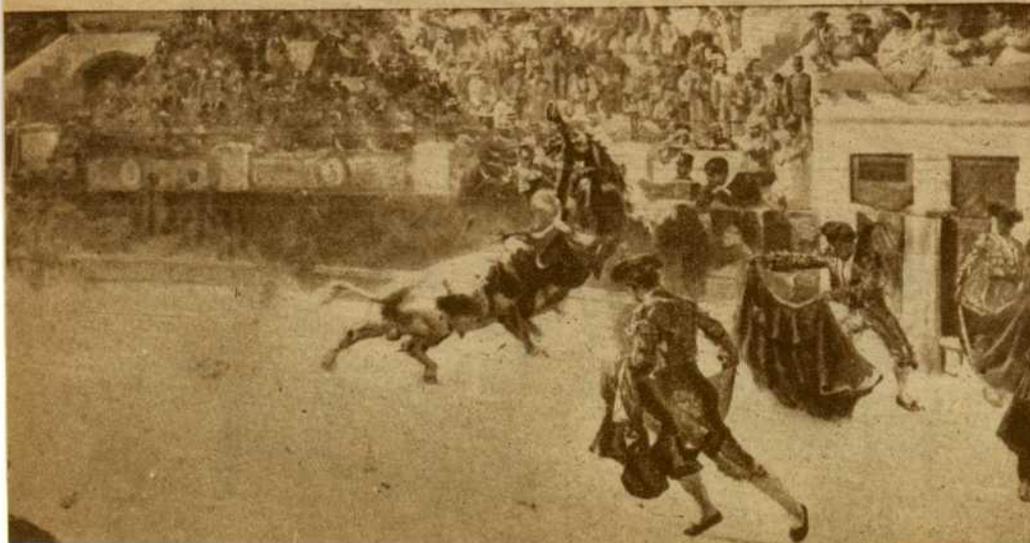
El apellido Porset, muy popular en los últimos años del siglo XIX, estuvo vinculado a una profunda y válida reputación industrial, acreditada en los medios selectos de Madrid.

Porset y Peñalver se disputaban el cetro de la elegancia masculina en una época en que el deporte no había impuesto la soltura viril de sus líneas, y el atildamiento era un exponente máximo de la distinción entre la «goma» cortesana.

Artistas, literatos y toreros, bohemia dorada de una época sin dolor, eran la clientela de la sastrería de Porset, y del roce continuo con los tipos que disfrutaban la popularidad máxima en los centros artísticos e intelectuales de su tiempo surgió también un matiz de distinción más espiritual que lo que suele procurar el ejercicio exclusivo del comercio y que por aquel entonces sabía dorar con reflejos amables todos los aspectos de la vida madrileña.

De los tres hermanos Porset —unidos por un afecto y solidaridad ejemplar—, el mayor, don Liborio, gran frecuentador de tertulias y saloncillos literarios, donde era muy estimado, hizo popular su fácil vena

“No hay quinto malo”, cuadro de Emilio Porset



Cartel anunciador de la temporada taurina de San Sebastián de 1903, original de Emilio Porset

Durante muchos años seguidos sus carteles anunciadores de las corridas fueron premiados por la Diputación de Bilbao, en reñidísimos concursos.

La Casa Ortega, de Valencia, encargada de hacer todos los carteles para las fiestas en la ciudad del Turia, solicitó toda la labor que Emilio Porset quisiera producir para ella, en condiciones brillantísimas para el artista. Obtuvo premios en la mayor parte de los certámenes en que se presentó y su nombre adquirió una popularidad que el tiempo ha borrado injustamente. El carácter retraído y un poco melancólico de Porset contribuyó un tanto a ese olvido.

Y esta melancolía tenía su origen en un estado de salud deficiente que, aun en plena juventud, le obligó a abandonar España y marchar a Bogotá, donde desempeñó el cargo de profesor de dibujo de la Universidad.

Tres años después, creyéndose curado de sus dolencias y enfermo, por el contrario, de nostalgia de España, regresó a la Patria, con escasos ahorros, y en Madrid, en el primer invierno que sucedió a su llegada, se recrudecieron cruelmente sus dolencias y murió sin haber podido terminar las obras comenzadas con inmensa ilusión. Emilio Porset dejó una obra copiosísima, en su inmensa mayoría inspirada en asuntos taurinos...

Y murió sin haber podido conseguir que le gustasen las corridas de toros...



**NUEVOS AFICIONADOS
DE CATEGORIA**

JULIO FUERTES

no es partidario del toro chico, pero...

**EL ESTANCAMIENTO EN EL TOREO,
COMO EN TODO, ES INCONCEBIBLE**



LLEVO entrevistados, a estas alturas, seis aficionados de categoría y con solera, y he podido observar que hay estos espectadores de ayer y de hoy —pero menos de hoy que de ayer—, un punto coincidente que puede expresarse en la conocida frase de que «cualquier tiempo pasado fué mejor». ¿Es ello así? Para salir de dudas, he creído oportuno alternar las conversaciones de los viejos aficionados con las de los modernos. Y ésta es la razón por la que aparece hoy ante ustedes ese fino escritor que se llama Julio Fuertes, en el mundo del periodismo, ya que en el de los toros es más conocido por «Juan León». «Juan León», el de los «pregones». Julio Fuertes es un escritor de la hora, de un estilo conciso, que va derecho al tema y no se pierde en disquisiciones, ni circunloquios. Su pluma taurina, que semanalmente abre estas páginas de EL RUEDO, ha logrado en poco tiempo el prestigio de los elegidos. Y sus palabras son como sus escritos: tan breves como sustanciosas, tan terminantes como definidoras de un tipo de aficionado que respeta lo tradicional, pero que está sincronizado con los tiempos actuales.

—Todo estancamiento, lo mismo en toros que en cualquier otra cosa, me parece inconcebible. Yo no comprendo, por ejemplo, el estancamiento en Vicente Pastor; como no comprendo, en el cinematógrafo, el estancamiento en *Amanecer*, y como no comprendería el estancamiento nuestro en Manolete. Todo avanza, todo evoluciona y todo tiene en el espacio y en el tiempo una distinta perspectiva, un diferente ángulo visual. Pongamos por caso la discutida suerte de varas. En esto, estoy con Barajas. Cinco varas de las de hoy no las aguantarían los toros de ayer...

—Pero, vamos por partes... ¿Cuál es su primer recuerdo taurino?

—Una novillada en mi pueblo natal, en Yecla. De los matadores sólo recuerdo a uno, un tal Marinito, que estuvo rematadamente mal y sin duda por eso no se me ha olvidado. El festejo fué catastrófico: todos los toros fueron fogueados, lo que a mí particularmente me divirtió bastante. Hubo un señor, detrás de mí, que se paró toda la tarde gritando al pobre Marinito y acabó ronco... Pero la afición verdadera no empieza en mí hasta que vengo a Madrid para estudiar el preparatorio de Derecho. Entonces voy a la Plaza de Tetuán, no por otra razón que por economía. ¿Para qué le voy a decir a usted otra cosa? Las novilladas de Tetuán eran la aduana para pasar a la Plaza de Madrid. Allí iban aficionados veteranos que decían que andaban a la busca, captura y descubrimiento de valores nuevos, aunque yo creo que les pasaba lo que a mí. Cuestión de finanzas... Al año siguiente me trasladé a Valencia y allí se aumentó mi afición. Asistí a la apoteosis de Granero, al que vi to-

rear varias veces con Belmonte. Y otra vez a Madrid, ya para afincar aquí. De mis recuerdos trágicos del toreo, guardo la muerte de Granero, la de Gavira, la del pobre Félix Almagro... Episodios que dejaron en mí una impresión profunda. Pero tengo también los recuerdos de oro: la famosa faena de Chicuelo, en aquel mayo en el que en el centro de la Plaza de Madrid estuvo dando naturales... ¡Ya no sé cuántos! Sólo sé que de aquella faena se alimentó después toda su vida torera.

—Algo dicen que hay de eso.

—Hay, ya lo creo que hay. Y he aquí lo que no puede pasar ahora. Actualmente, la faena, la gran faena tiene que hacerse cada tarde, y si no, se empieza automáticamente la cuesta abajo.

—La faena con el toro chico.

—La faena. Ni más ni menos. Faenas como la despedida de Marcial, como las de Belmonte y Manolete en la confirmación de su alternativa en Madrid, como tantas y tantas que desde el 39 para acá hemos podido presenciar. Como aquellas tardes de la feria de Valencia, el 42, en la que Manolete ganó, a los puntos, como en la Liga; el premio de un capote. Como las tres tardes de la feria de Logroño, en la que Manolete, El Estudiante, Pepe Luis Vázquez y Arruza llegaron a las regiones de lo brillantísimo. Por cierto que me acuerdo ahora...

—¿De qué?

—Es a propósito de eso del toro chico. Le salió en esa feria de Logroño a El Estudiante un toro chico, de los que levantan la protesta de los espectadores. Era una cabra: sacudido, terciado, feo y con la escasa cornamenta hacia afuera. Yo, desde mi localidad, noté que El Estudiante se descompuso. Por fortuna, a la hora de la muleta, se rehizo y logró una buena faena. Después de la corrida hablé con él y le comuniqué la impresión de pánico que me había parecido observar en él. Era cierta. Al ver salir a aquella «mona», El Estudiante sintió más miedo que en toda su vida torera. Y ello fué así porque en Barcelona, una «mona» parecida le dejó la cornada más grave de las que ha padecido en su carrera. ¡Con qué fiebre usted del toro chico! Sería cosa de preguntar a Manolo Escudero cuánto pesaba el toro que la temporada pasada hirióle de tanta gravedad en San Sebastián.

—¿Quiere decirse que usted defiende el toro chico?

—¡No! ¡No!!! Yo creo que el toro debe tener veinticuatro arrobas por lo menos para darle a la fiesta la belleza y la emoción mayor posibles. Pero también quiero afirmar que para torear como hoy se torea, el tamaño es lo de menos para el que lo sabe torear. Se torea así porque así ha evolucionado el toreo. Y el que no sabe hacerlo, con un toro o con un becerro, hace el pelele ante el cornúpeto. Les guste o no a los aficionados de otros tiempos, hoy se torea con las zapatillas pegadas al suelo y en esta postura se enjaretan los naturales y pasa el toro sin atropellar al torero... Quiero decir al torero que sabe...

—Veo que está usted con su época.

—Estoy en mi tiempo. Mi torero de antes y de ahora, es Manolete. Creo que vivimos el momento en que hay más toreros inconmensurables. E in-



cluyo en la categoría a muchos que andan un tanto postergados.

—Como escritor taurino, es usted...

—Muy reciente. Desde el año 39. Y no me lancé a la palestra sino después de vencer no pocos escrúpulos. Creo que no domino ningún tema, pero éste del toreo menos que ninguno. Está por encima de las posibilidades de mi pluma.

—Excesiva modestia.

—No lo crea. Opino que la fuerza y el atractivo del espectáculo es tal que vence a todos los cronistas, a pesar de que los ha habido y los hay muy eminentes. Hay escritores de toros brillantísimos. Y un síntoma del auge de la fiesta es precisamente la cantidad de plumas, incluso al margen de la especialidad taurina, que no desdennan escribir de la fiesta nacional, arrastradas por el entusiasmo que despierta.

—Quedamos en que para usted, Manolete...

—El mejor de todos los tiempos, pero no quisiera obsecarme hasta el punto de que si surgiera un nuevo astro no supiera ponerme a tono, comprender la nueva evolución. Admiro a Manolete y admiro al hombre que actúa detrás de él providencialmente.

—¿A Camará?

—A José Flores, Camará. Sé que se le critica, pero yo que le he tratado extensamente, he llegado a admirarle por su singular actuación como apoderado y consejero, por su enorme sentido de la fiesta y del público, por su visión de las posibilidades presentes y futuras, no sólo para Manolete, sino para todos los que se visten de toreros.

—Se dirá, se dirá...

—Y diga usted también que estoy de acuerdo con Barajas.

—Creo que ya hemos tocado eso.

—Es que hay ampliación. Los toros, aquellos tan cantados toros de ayer, entraban doce veces a los caballos, lo que no es igual que tomar doce varas. Tenían durante una parte de la lidia la fatiga de embestir, pero no la del derramamiento de sangre, que no es recuperable. En la muleta iban a más, por eso, y por eso se echaban antes tantos toros al corral. ¿Comprende usted? ¡Han menos picados que ahora!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

CHARLAS de fin de temporada

El torero madrileño no parece resentirse de su grave cogida en San Sebastián.—"Todavía no he toreado a mi gusto en Madrid"



Manolo Escudero con el atuendo campero



Escudero en su charla para EL RUEDO

La plaza de la Cibeles se despeja a la luz temprana del ajetreo ciudadano en esta dominical mañana del 24 de diciembre. El sol quiebra sus rayos en las agujas de la achatada mole del Banco de España, sin evitar que los cuerpos queden ateridos por el agudo filo de la serrana brisa.

Para entrar en calor, Manzano y yo ensayamos un zapateado, pronto interrumpido por el claxon del coche de Manolo Escudero. Este al volante, viste atuendo campero: sombrero ancho, traje corto con repujados zahones y botas enterizas.

Nos acomodamos entre el apoderado Rafael Torres y un amigo del diestro. En el baquet lo hace la recia humanidad del picador Madriles.

Pronto dejamos atrás las Ventas y Canillejas para enfilar el camino de San Fernando. Nos dirigimos, más que a las faenas de una tiente, a comprobar la prueba de facultades del torero madrileño, del que se afirmó, a raíz de la cruenta cornada de San Sebastián, su imposibilidad de continuar ejerciendo el torero.

—Pronto les voy a demostrar con hechos mi completo restablecimiento —nos dice Manolo Escudero sin perder de vista la dirección del vehículo—. Lo de mi percance —añade— no pasa ya de constituir como si se tratara de un sueño remoto.

—Más vale así y muchos serán los que de ello se alegren. ¿Había recibido con anterioridad alguna otra caricia de los toros?

—Si se exceptúa un puntazo propinado por un becerro al torcarlo en la finca de don Antonio Pérez

Tabernero, no me habían hecho sangre los toros todavía.

—En los primeros momentos, ¿se dió usted cuenta exacta de la importancia de la cogida?

—Plenamente me percaté que el pitón me había calado a placer. En su trayectoria, al entrar por la sisa de la chaquetilla, profundizó por los músculos del axila sin encontrar cuerpos duros que impidieran los desgarros.

—¿Perdería usted pronto el conocimiento?

—Eso es lo malo, que lejos de quedar privado de él me di cuenta de cuanto me pasaba. Para llegar a la enfermería donostiarra hay que atravesar un largo pasillo que se me hizo interminable. Al depositarme sobre la mesa de reconocimiento y recorrer con la vista la desmantelada habitación, creí llegado mi fin irremisible. Todo el menaje de curas se reducía a la mesa y a una vitrina casi desprovista de instrumental. Noté cómo alguien metía los dedos en la brecha abierta por el astado y decía luego, sin duda para que cobrara ánimos: «Aquí no hay nada que hacer».

—¿Y luego?

—Después me pusieron una inyección, y a esperar la llegada de la ambulancia que me condujo al Sanatorio. Aun ayudé a desprenderme la ensangrentada ropa en el quirófano, a donde inmediatamente fui conducido. Luego, Dios y el doctor Bravo han permitido que mi curación haya sido total, más tarde consolidada con una vida sana, ayudada por mis frecuentes permanencias en pleno campo.

—¿Empezó usted pronto la reeducación de sus facultades?

—Lo primero que hice al sentirme mejor fué escribir a doña Piedad Figueroa, a quien tanto debo y venero, para que me apartaran unas cuantas becerras. Y a los veinte días de salir del Sanatorio ya las estaba toreando.

No contento con esto, quise someterme a una prueba más intensa y me fui a la provincia de Jaén, a la ganadería de la se-

ñora viuda de Azpiroz. Allí me harté de torrear a unas veinte reses, entre utreras y vacas de retienta, algunas con sus ocho años bien cumplidos, e incluso a un toro semental, muy bravo por cierto.

Nuestra llegada al «Sotillo» me abstiene de formular nuevas preguntas por el momento. De dos coches que nos precedían, descienden la propietaria de la ganadería —Piedad Figueroa, condesa de Arcentales— acompañada de una amiga, dos periodistas extranjeros y del novillero mejicano Felipe González.

Sale a nuestro encuentro el mayoral, sombrero en mano, y saluda con la tradicional fórmula de la cortesía campesina: «Dios guarde a la señora condesa y a la compañía.»

En el cortijo aguardan unos caballos ensillados, y los gañanes, apoyados en las garrochas, esperan las órdenes de partida. A una indicación del mayoral, un grupo de jinetes, con los dos toreros al frente, salen velozmente en busca de las becerras que han de tentarse. Al poco rato vuelven a aparecer en la llanura rodeando a siete reses que siguen dóciles el trote largo de jinetes y cabestros. Luego, una a una, son atraídas por un laberinto de pasillos y corraletas, al fin de las cuales está la pequeña placita con tres o cuatro burladeros y una meseta, a la que ascendemos todos los que no pensa-



El torero madrileño en el apartado de las reses

Manolo Escudero habla para EL RUEDO

"Dios iluminó al doctor Bravo para curarme totalmente"

"La próxima campaña transcurrirá en pleno pugilato de competencias artísticas"

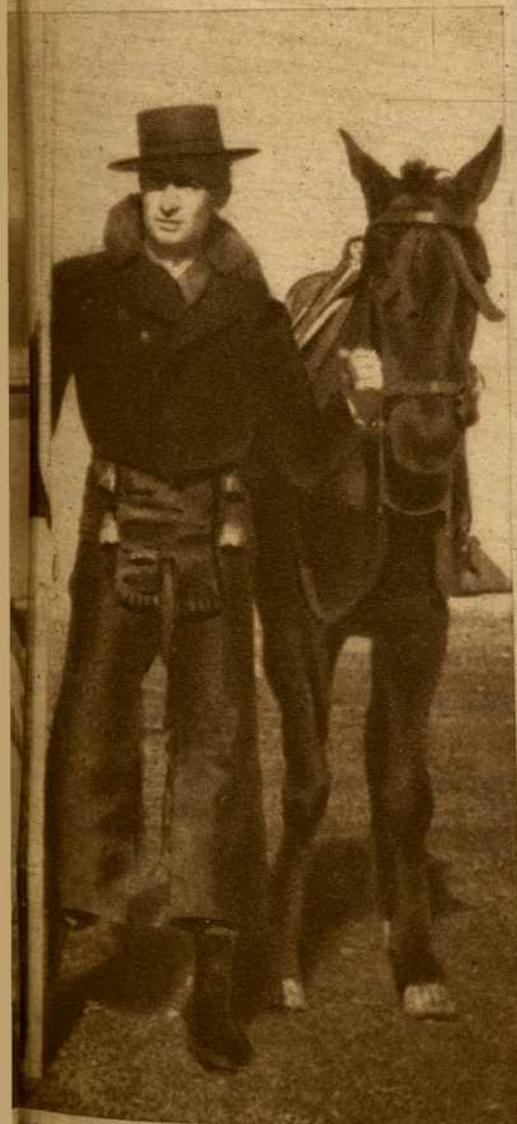
no descubrir ignotas habilidades taurinas. En el ruedo, Madriles a caballo, guarnecido de hierros y puya en ristre, espera la embestida de la primera de las encerradas. Escudero y González empuñan los capotes, y la condesa ordena dé comienzo la faena.

Abren la puerta y surge la becerra revolviéndose inquieta. Se abalanza rauda sobre el caballo, y el picador detiene una y otra vez las acometidas clavando la vara en el morrillo. El animal se cruce al castigo con renovado ahinco. El capote de Manolo Escudero se lleva a la vaca y con su peculiar maestría de brazos la hace pasar una y varias veces en unas verónicas plenas de arrogante estilo.

El bicho toma bien la capa, y el diestro engarza unas estilizadas chicuelinas rematadas con un lance magistral. Luego viene el llegar con las manos a las péndolas, en un simulacro de banderillar. Y como colofón, la faena de muleta a base de una serie de naturales tan pausados como de irrefragable ejecución.

Me fijo en el rostro de Escudero, y salvo una ligera palidez, nada hace denotar síntomas de indecisión o fatiga. Allí no hay un torero con una herida abierta todavía, sino otro curtido y vigorizado con un hambre insaciable de toro.

Vuelve la vaca a los corrales y otra la



El diestro de Embajadores con la garrocha la jaca

sustituya. Y vuelven el torero de a caballo y los de a pie a aprovechar la nobleza y bravura del ganado, cuyas características va anotando cuidadosamente el mayoral de la casa.

Antes de finalizar la tiente, dos o tres espectadores se deciden a probar fortuna, con no mucha a decir verdad. Manzano intenta convencernos de que el arte de mancornar tiene mayores méritos que el de torear. Uno de los periodistas extranjeros prodiga suertes de insospechada originalidad y rueda por el suelo con tozuda insistencia.

Antes de emprender el regreso, y mientras los criados nos sirven un tenteempié, enhebro la charla con Manolo, al que felicito por el lisonjero éxito conseguido en la prueba realizada.

Le pido su opinión acerca del toro «tipo standard», y Manolo, entre dos sorbos de un vinillo reconfortante, dice:

—Conviene recordar que entre varios toros chicos, siempre salen algunos que no lo son. Este año, hasta mi percance, llevaba toreadas veintitrés corridas; pues bien, varias salieron a un promedio de 350 y 300 kilos en canal. El torero, al contratar una corrida, sólo pregunta si el ganado es de casta y si será de los que embisten. Luego, si el toro sale chico, el primero en sentirlo es el propio torero, sobre el que se descarga el mal humor del público.

—¿Qué causas influyen en la decadencia experimentada por el ganado de lidia?

—Una muy importante es que los ganaderos, aun los de ínfima categoría, tienen vendidas las camadas antes de empezar la temporada. A mayor número de corridas celebradas ahora, hay que anotar la desaparición de una serie de ganaderías que hasta 1936 servían un centenar de corridas, suplidas hoy por vacadas desconocidas, sin hierro ni historia.

—¿De dónde proviene su gran dominio de brazos, que acaba de evidenciar una vez más?

—Acaso date de mi larga época de torero de salón, que abarcó muchos años de constante entrenamiento, realizando lidias completas o repitiendo un mismo lance semanas enteras. ¡Cuántas veces me sorprendía el amanecer desvelado en cerebrales lucubraciones taurinas! Esto hizo suponer a la gente que yo dominaba todas las suertes cuando hice mi aparición en los ruedos.

—En cuanto a sus aspiraciones máximas, ¿cuándo entenderá que las ha alcanzado?

—Cuando consiga en Madrid torear un toro sintiéndome plenamente a gusto.

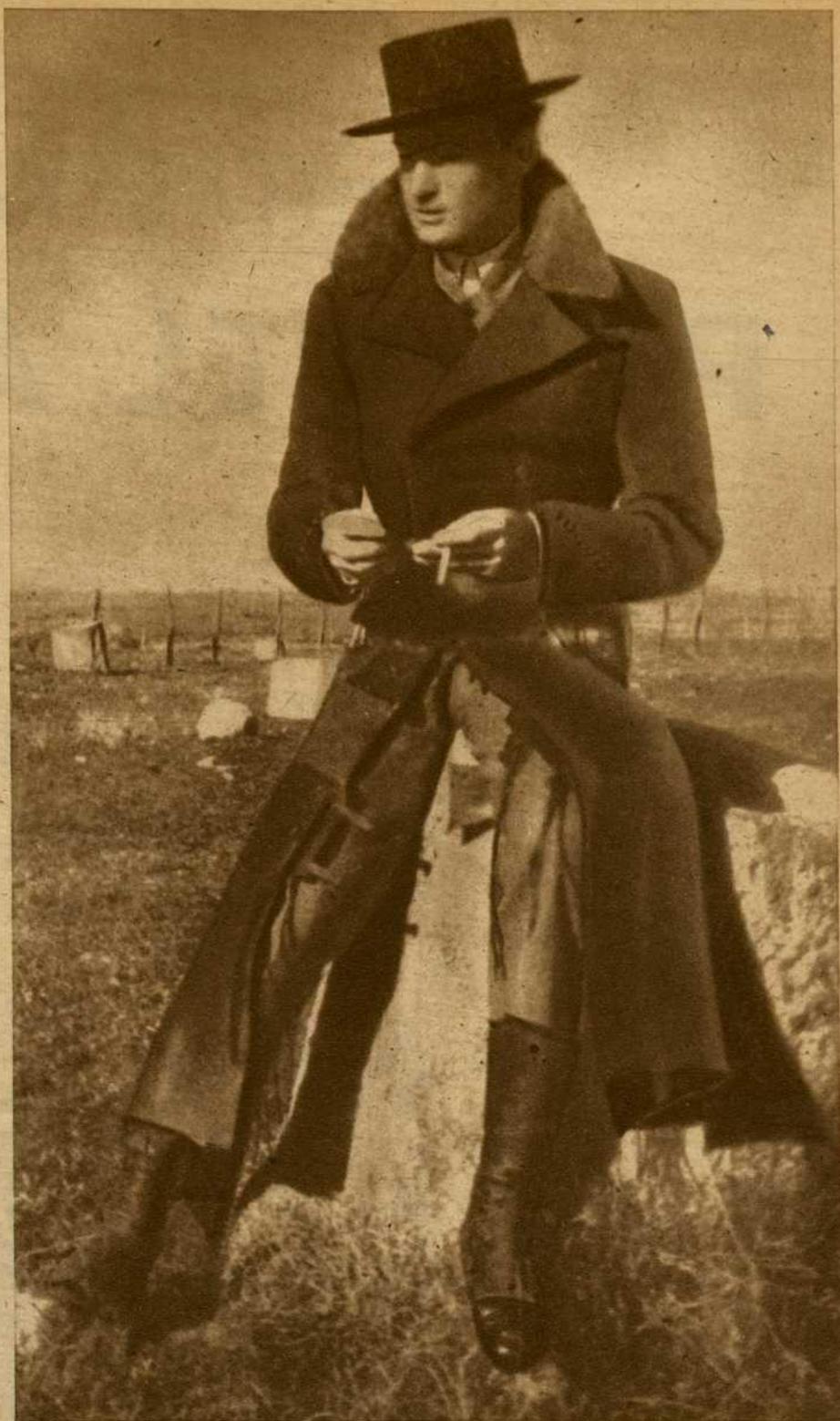
—¿Cómo supone que transcurrirá la próxima campaña?

—En pleno pugilato de competencias artísticas. El español se cree siempre ante las dificultades, y pudiera muy bien ocurrir que los toreros españoles demostrásemos no ser mancos para dejarnos arrebatar las palmas por los toreros de Ultramar.

—Desde el punto de vista de mero espectador, ¿qué diestros son sus favoritos?

—Todos lo son. Mi admiración abarca a cuantos se visten de torero, sólo por el hecho de serlo. Y es que nadie como nosotros para darnos cuenta exacta del caudal de amarguras encerradas en esta difícil profesión. La atención de los públicos propende a fijarse en las sumas percibidas por unos pocos y no se fija en los sinsabores sin cuento que rondan a los más.

El frío aumenta y esto hace acelerar la hora de la partida. Pronto dejamos a nuestras espaldas el silencio de la campaña, como un trasunto de égloga virgiliana.



Manolo Escudero en la finca del sotillo, donde se entrena. (Foto, Manzano.)



Otro gesto de Manolo Escudero

F. MENDO

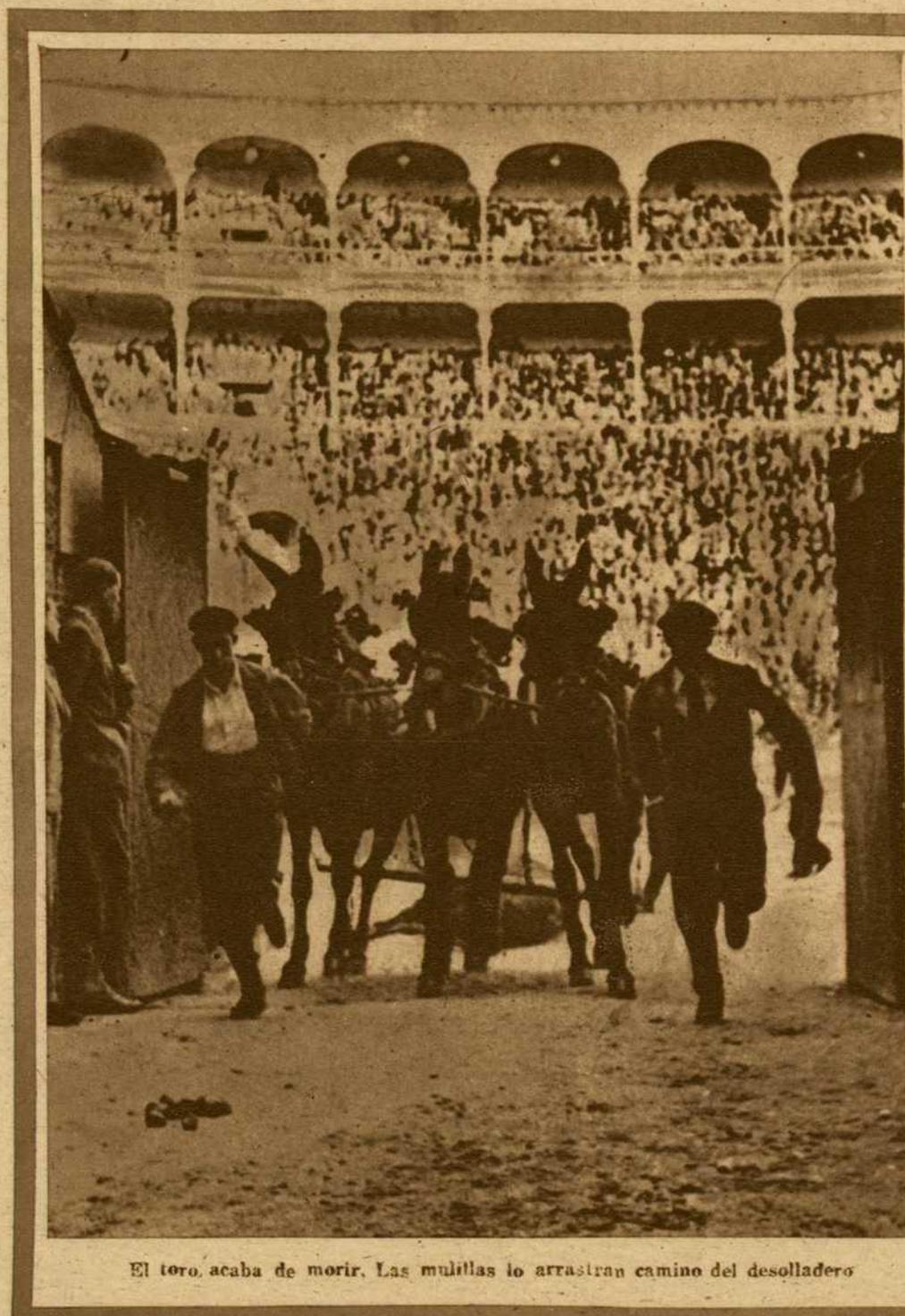
TEMAS TAURINOS

PARA EL ARRASTRE

Por FELIPE SASSONE

DESDE luego, un toro herido con una *puñalada* estocada, con una estocada mortal, que por la colocación y la ejecución ha valido aplausos al matador, puede, sin embargo, no morir inmediatamente, y cuando se echa habrá de despenar el puntillero. Pero si éste no consigue al primer golpe de cachete que da en la nuca del animal que la res abata la cabeza, suyo, exclusivamente suyo será el desacierto, que aumentará a medida que vayan siendo más los puntillazos ineficaces por su mala puntería, y por ello se hará acreedor a las censuras del público y al vituperio de su jefe. Mas se da el caso que los reviseros registran diciendo "lo levantó el puntillero", en el cual, efectivamente, el animal, al sentirse herido en la nuca por un puntillazo que no le remata, hace un supremo esfuerzo y se yergue sobre sus patas para procurar irse a otro sitio donde no le hostiguen y le dejen morir en paz. Ello demostrará que el toro no cayó muerto, sino destronado, rendido, roto aparentemente, acobardado, renunciando a la lucha, y en todo caso que, sintiéndose moribundo, aunque todavía capaz de sostenerse y de andar a duras penas, se echó no a morir, sino a esperar la muerte. Entonces, al desacierto del puntillero, que no logró aprovechar la coyuntura para servir al espada, habrá que sumar el desacierto del espada, que no logró la estocada eficaz y de efecto menos lento. Las fallas del puntillero, mientras no levanten el toro, sólo al cachetero deslucen; pero cuando el toro puede levantarse, deslucen también al matador, pues que lo pone en evidencia, y el matador siempre es responsable de las condiciones en que entrega el toro al puntillero.

Mientras el toro no esté moribundo, no se entregue para ser entregado por el matador, no humille descubriendo el cerviguillo, y sea capaz, aunque débilmente, de acometer con arrancada entera, el matador deberá descabellarlo con la espada o con la puntilla, pero en pie. Mas no debe nunca abusar de la cómoda facilidad que le ofrece el descabello para emplearlo con un toro que no esté herido de muerte. Muchos matadores de toros que aunque sean muy buenos muleteros no merecen el título primero por su falta de decisión al estoquear, suelen aprovecharse de su acierto en el descabello a pulso porque lo practicaron mucho y han dado con el sitio, para rematar anticipadamente al toro que no han matado, sino apenas herido, buscando el rápido efecto final y confiados en el adagio que dice que "todo está bien cuando acaba bien". Pero aunque al público ignaro le parezca



El toro acaba de morir. Las mulillas lo arrastran camino del desolladero

bién que el toro caiga de repente herido como por una descarga eléctrica, hemos de convenir en que está muy mal que el matador se ahorre con semejante habilidosa añagaza el trabajo y el peligro de entrar a matar de nuevo. Recordemos ahora que no ha mucho, y no lo habrán podido olvidar los aficionados mayores de treinta años que lo vieron, como en un rasgo de pudor profesional, el malogrado matador Fermín Muñoz, Carchaño, se opuso a que el cachetero rematase un toro que se había echado, moribundo, y lo levantó con la muleta, y al repetir el volapié, en vez de acabar con su enemigo, recibió una cornada mortal. El ejemplo es heroico si se quiere, y, desde luego, funesto; pero es un ejemplo de lo que solemos llamar vergüenza torera.

El matador que tiene miedo tiene, como es natural, prisa por deshacerse de su enemigo, y así como los malos muleteros, incapaces de dominar y rendir al toro con el trapo, aprovechan la primera ocasión, el revuelo de un pase, el viaje del toro hacia una querencia o el hecho de que cuadre por casualidad y no por acción de la muleta, para asegurar la estocada a destiempo y matar sin haber toreado, "verde el toro", dicen los aficionados, así el buen muletero a quien se le hace cuesta arriba la suerte suprema suele aprovechar el descabello apenas ha dado un pinchazo más o menos hondo, para no hacerse pesado con el acero, no exponerse y no deslucir la faena. Pero la deslucirá de todas suertes, pues

que le quitará su mérito intrínseco, aunque le aplaudan; que al fin y a la postre, tan vituperable es adelantar la estocada por no torear como adelantar el descabello por no repetir la suerte de matar.

Y con esto quedan para el arrastre, como he dicho en el título de esta crónica, todos los temas doctrinales que se refieren a la técnica de la lidia.

Pero no se alegre el lector a quien le pese mi prosa, esta prosa que se refiere a lo exacto, tanto como a mí me pesa el componerla, que otros temas habré de buscar para no darle el descanso que a él le conviene y no darne yo el que de ninguna manera pudiera convenirme. El toro de mis temas taurinos sale ya del ruedo arrastrado por las mulillas del agotamiento, agitando en el aire una pata, como esos toros mel rematados, tocando en el aire la guitarra imaginaria con que acompaño la coña zumbona en que me burló un poquito de mí pretendida, falsa y trasnochada sabiduría.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

El «Califa» de Córdoba y el «Profesor» de Tomares

POR dos caminos distintos, Rafael Guerra y Ricardo Torres llegaron a un mismo fin. Ambos matadores se fueron de la fiesta cuando aun tenían mucho que hacer en los ruedos. Quedaban muchas ovaciones prendidas en la enorme garganta de la afición y estaban en el campo aun muchos toros, rebrillantes y bien puestos, que esperaban —negros estuches de estoque— el volapié que les mandara a tirarles cornadas a los cuatro vientos, cuando por

los círculos de oro y a las hondas emociones de los cuernos prendidos en su percal, echándose a la espada en una espléndida larga toda —o casi toda— la historia taurina de una época.

Y digo que por dos caminos distintos, porque así como el Guerra no supo del hule de las enfermerías, a Bombita, aquel primer puesto en el escalafón de sus tiempos le costó mucho olor de cloroformo, cortes de bisturí y coser y recoser de agujas el festón de múltiples heridas. Temporada tras temporada, las cogidas de Bombita sirvieron a la primera página de la Prensa de entonces, y a los gritos estridentes de los voceadores que agotaban su mercancía, en pocos minutos, al conjuro de su pregon: «Con la grave cogida de Bombita en...» En... que más da. Aquí, allí, en todas partes. Las arenas de todos los ruedos de España se tiñeron con la sangre valiente de aquel simpático y extraordinario lidiador y todos los médicos echaron su cuarto a espadas en el zurcido de aquella musculatura de gladiador taurino.

Por eso no es coincidencia la reunión en esta foto de estos dos ases de la gran baraja taurina. Muchas cosas afines les une: la afición, el triunfo y la incompreensión, entre otras razones, les sirven de lazo.

Y aunque en esta fecha Bombita aun está en activo y todavía siente en su carne la amarga o halagadora sensación del grito desde el tendido, es fácil que haya ido a ver al Guerra, para lamentarse del desvío que empieza a sentir en el público.

Y Rafael —el Califa—, siempre sentencioso, in-

jertado en Séneca, habrá puesto sobre el tapete «lo suyo». Y le habrá contado sus amarguras finales, entre anécdota y anécdota, y hasta puede que le haya dado su consejo, que en fin de cuentas es quizá lo que le trajo hasta Córdoba a Ricardo Torres.

Y como han comido juntos, y en las penas y delicias de la digestión las cosas se ven más sonrosadas, los dos toreros —tipo y hechuras— han dejado correr su imaginación hacia lo fácil y cómodo de éste haber sido mucho y seguirlo siendo, sin el riesgo puntiagudo de unos afilados y bien puestos cuernos.

Por eso, aquí están, el Guerra puro en mano, haciendo humo sus delicias de espectador, y el Bomba, sombrero atrás —su chico sombrero cordobés—, dejándose llevar por la modorra de la tranquila vida, lejos del coso taurino.



culpa de la incompreensión de la crítica, un poco cansados de dar golpes contra el colchón de aquellos que les negaban después de haberles visto —¡qué herejía!—, dijeron su último y silencioso adiós al alegre paseillo, bien ceñido el bordado capote, a las tardes luminosas en



EL «CAMPINO» PORTUGUES ES HER



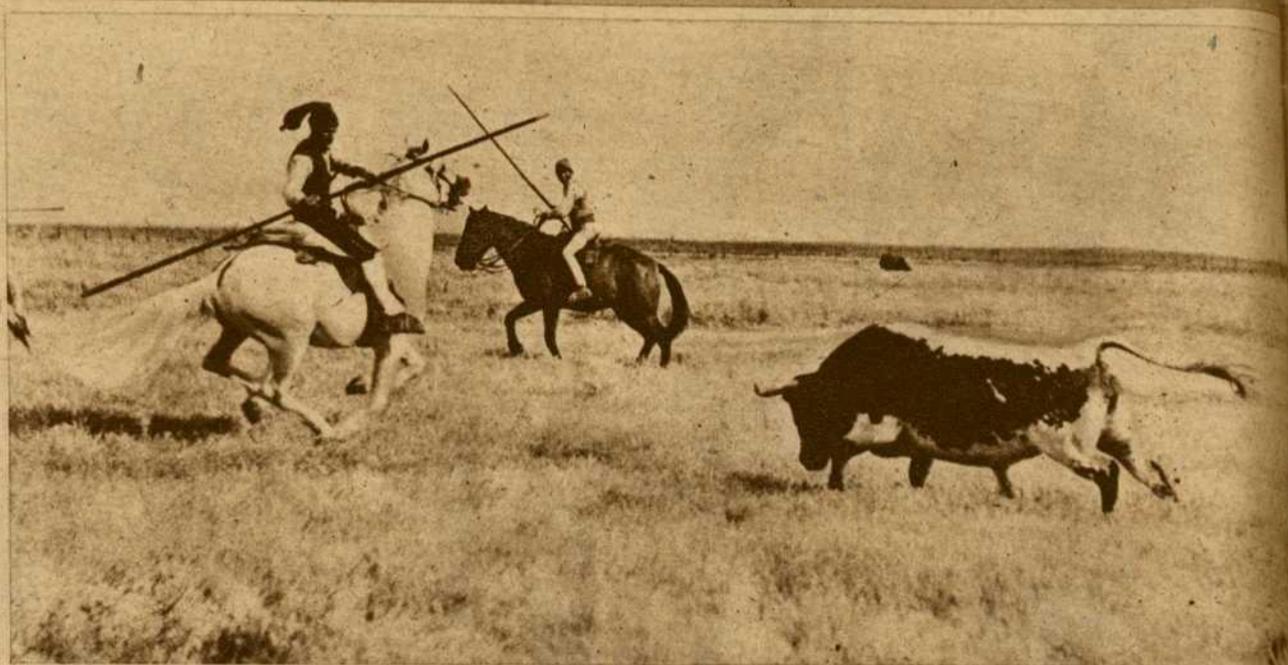
EL "campino" portugués es hermano del vaquero andaluz. Uno y otro guardan los toros bravos en las "lezirias" del Tajo y en las marismas del Guadalquivir. No viste el "campino" el traje corto de Andalucía, pero

es corta su chaqueta, con chaleco rojo, calzón y media blanca y zapato de becerro. Cubre su cabeza con una boina verde que se parece a la catalana, pero puesta al lado o al revés, para el hombro o la espalda el remate, en el que recoge la onza del tabaco y el papel de fumar. Cuando lleva los toros a las Plazas viste su mejor traje, de paño azul, con botones dorados o en plata, y sobre el corazón, el escudo con el hierro de la ganadería o el blasón del amo, si éste es de la nobleza. Y en tales días o en los de fiesta en el pueblo, calza caprichosas medias de aguja, hechas por la mujer, por la madre o por la novia. Su gran fiesta anual es la "del chaleco rojo", creada por el nieto del ganadero Palha Branco, que es presidente del Ayuntamiento de Villa Franca de Xira, alegre villa de Ribatejo, la tierra de los toros.

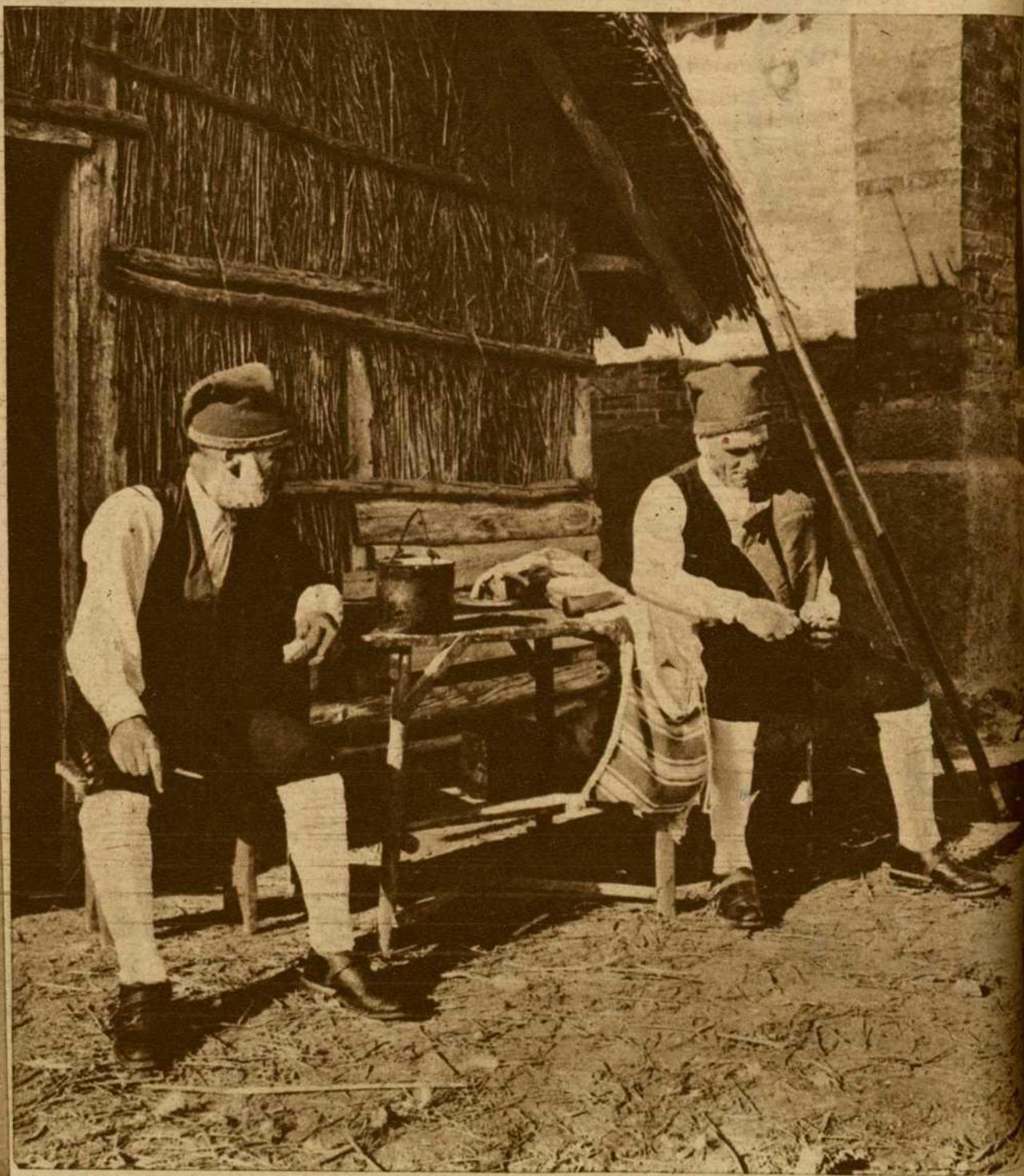
El "campino" tiene características raciales, que conserva por constituir



El campino portugués, provisto de una manta para protegerse de las inclemencias del tiempo.



La tienta de reses en Portugal es igual que en España. He aquí a dos vaqueros "campiando"



Un alto en la labor. Hay que reponer fuerzas, y estos dos vaqueros portugueses se disponen a comer

HERMANO DEL VAQUERO ANDALUZ



El campino-portugués hace correr al toro de la misma forma que los ganaderos andaluces

un núcleo populacional aparte y sin alianzas con otras clases. Dicen que desciende de los fenicios que vinieron a Portugal. Pelo rubio, caras morenas por la acción del sol, ágiles, fuertes.

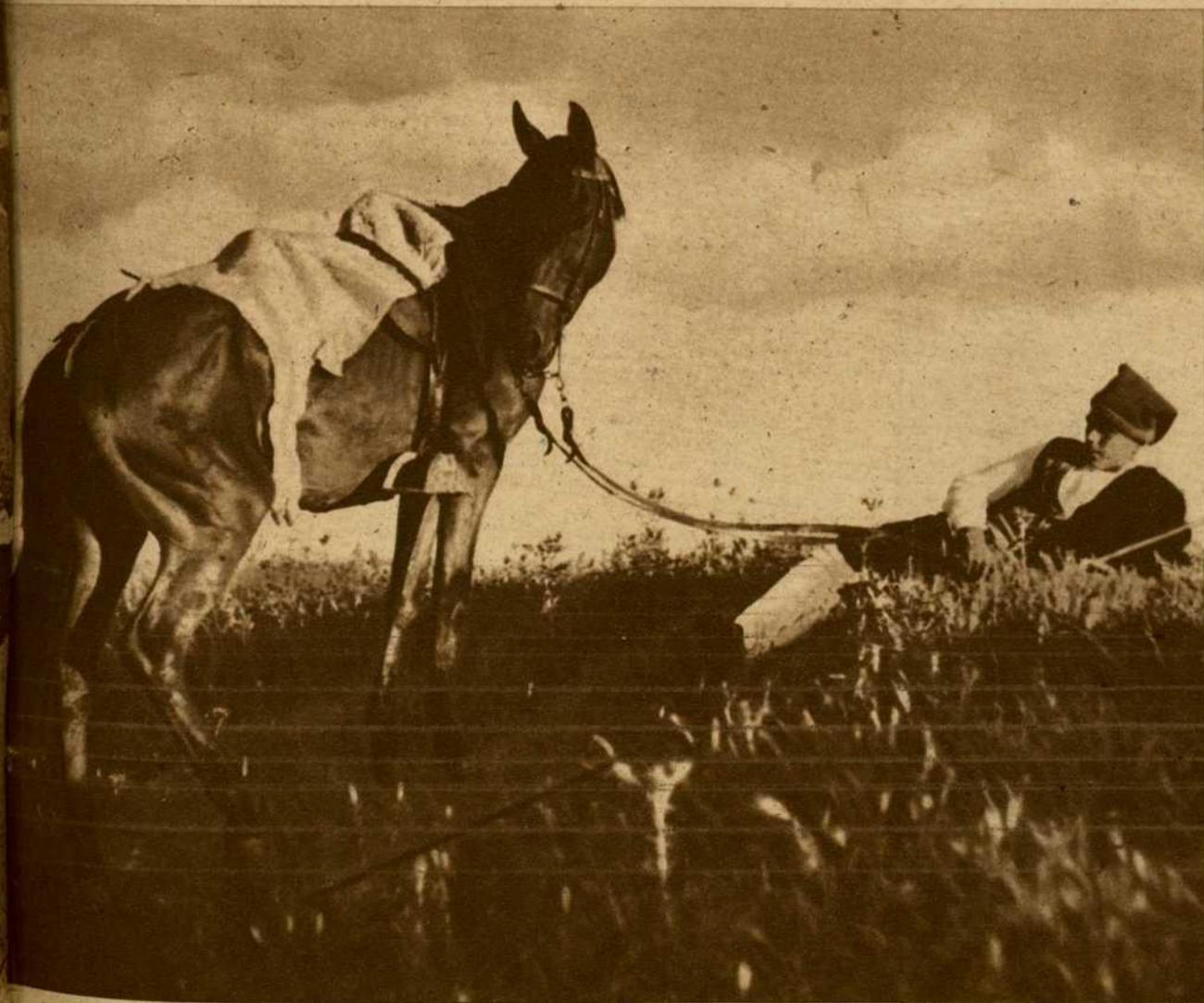
Aurelio Sánchez Mejías, que aquí derribó becerras y los vió campinar, les llamó los beduinos de Portugal.

Y es que en sus carreras con los toros tienen algo de los moros corriendo la pólvora. Y se animan ellos mismos con el galope de sus

caballos, persiguiendo los toros, desafiándoles con las grupas, cortándoles el terreno y aguantándoles la embestida con la ayuda de la vara, en cuyo uso son diestros.

• • •

Una vez a la semana van al cortijo o al poblado para que el amo o el de la tienda, de su cuenta y orden, les den lo que comerán en los días de aislamiento en el campo: aceite,



El caballo, compañero fiel del vaquero, también necesita su descanso. Un alto en la labor para continuarla después

garbanzos o alubias, harina de trigo o pan, ahora racionado y más difícil. Todo lo meten en el saco que llevan en la silla del caballo, ya con la manta con que se defienden de la lluvia y de los froes invernales.

Y allá van, derechos en la silla, que cubren con una piel de borrego, metiendo espuelas al caballo, a su compañero de alegrías y tristezas, cuando en la grupa llevan a la novia y cuando les sirve para transportar al médico o al hospital al padre enfermo, ya viejo. Fué el "campino" sólo cuando viejo o enfermo abandona sus toros y abdica en los hijos, transmitiéndose así de generación en generación el honor de servir al mismo ganadero.

Su baile es el fandango, juego difícil de los pies en el ritmo del acordeón, eruida la figura, los brazos fijos por las manos en el chaleco. Lo bailan dos hombres en desafío, alternando en prodigios que uno y otro buscan mejorar, hasta que los del conclave, sus novias y otros "campinos", otorgan la victoria al más ágil y artista.

Lisboa festeja al "campino" siempre que lo ve recoger los toros, después de lidiados, a caballo los rejoneadores, conforme la tradición. Y en los desfiles regionales no hay entre todos los pueblos tipo más destacado que el "campino", por sus características étnicas y por su también característica indumentaria.

ROGELIO PEREZ
"El Terrible Pérez"

(Fotos de Wanzeler Palha.)



El mayoral portugués, con la garrocha al hombro, observa el movimiento de las reses

LOS CELOS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

CELO, según la acepción cuarta del Diccionario de la Real Academia Española, es el recelo que uno siente de cualquier afecto o bien que disfrute o pretenda, llegue a ser alcanzado por otro. En el planeta de los toros se dan mucho los celos entre los amigos de los toreros. Y se dan por el recelo que el amigo que se titula íntimo del diestro siente de que llegue otro a usurparle su puesto, de perder el privilegio de una amistad que le coloca en eminente situación en la vida pública del torero.

Siempre ha habido, hay y habrá, no diré profesionales de la amistad de los toreros, pero sí gentes que han dedicado su existencia a ser amigos de los toreros. No importa que el torero lo sea de infima categoría; por malo que sea, aunque no torcee más que dos novilladas al año, disfruta de una pequeña Corte que le rodea y le acompaña constantemente. Cuando el torero es lo que en el planeta de los toros se llama una figura del toreo, entonces esta Corte es tan numerosa, complicada y etiquetada como la de un poderoso monarca. Y todos sus componentes aspiran a ser el más íntimo del ídolo, aquel que es por él preferido para consultarle si debe ir a cinco o seis corridas a la feria de Valencia. Y de aquí los celos.

Los amigos de los toreros son gentes que se contentan con la gloria refleja. Son felices cuando van por la calle al lado de la figura del toreo, y los transeúntes, al descubrirla, vuelven la cara y bisbisean: «¡Ahí va el Fulano!» Esta felicidad alcanza la cúspide si le hacen una foto en la que aparece junto al diestro en el cuarto de la fonda, cuando el matador se está afeitando, momentos antes de emprender a vestirse de torero.



El matador se viste para ir a la Plaza. El mozo de estoques le ayuda. Como es natural, no faltarán los amigos que presencien la ceremonia de ritual

Aquí, en los cuartos de las fondas provincianas, es donde el amigo de los toreros pasa los mejores ratos. El amigo entra en el cuarto en cuanto se enteró por el mozo de estoques que ya se despertó el maestro. Y ya no sale de él, sino acompañándole cuando va camino de la Plaza. Si puede va en el coche de la cuadrilla. Si pudiera le acompañaría también no en el ruedo, que esto sería pedir demasiado a su amistad, sino en el baxiadero, lo más cerca posible del peligro, para que todo el público se percibiera de que él es el amigo íntimo de la figura del toreo. Porque la gran tragedia del tal amigo es perderse durante la corrida entre la masa de espectadores. Aunque oree una barrera junto a los capotes, el hecho es que no puede demostrar y mostrar y gozar la amistad del torero y tiene que contentarse, en todo caso, con informar a sus vecinos de localidad de quién es él. Y muchas veces estos vecinos son gentes que han ido a los toros porque es la feria de su pueblo y le importa un comino que aquel señor tenga los secretos del lidiador. A veces hasta le preguntan: «¿Y dice usted que ese torero amigo suyo se llama Fulano?» El otro, asombradísimo de tan inaudita ignorancia, responde con cara de estupefacción: «Sí, señor: Fulano». «¿Y es tan bueno como dicen?» —replica el ignorante—. El asombro y la estupefacción del amigo son ya indescriptibles. Luego, cuando lo cuenta en Madrid, añade: «Os doy mi palabra de honor de que esto que os digo es tan verdad como que ahora es de noche. ¡Figúrate, preguntarme si el Fulano es tan bueno como dicen!»

Todos los amigos íntimos procuran llegar los primeros al cuarto de la fonda al terminar la corrida, a ser posible antes que el matador, para que el suyo sea el primer abrazo que reciba y su comentario el primero que escuche. Este capítulo de los comentarios recién terminada la corrida es importantísimo. Todos los amigos íntimos rivalizan en el encomio; todos pretenden llegar más allá en el elogio. Hay amigo que se está pensando la frase que debe decir durante toda la corrida, y cuando va a decirla, resulta que uno se le adelanta y suelta algo parecido, y él se queda mudo, y con el abrazo sólo puede balbucear: «Yo no te digo nada; para qué, si no hay palabras». Y lanza al que le pisó la frase una mirada iracunda. Todos los amigos íntimos son profetas al terminar la corrida. Todos le dicen al matador si ha estado mal: «Ya te lo advertí; con estos toros no puede estar bien nadie, ni siquiera tú, que llevas veinte toreros empalmados». Y si ha quedado superior. «¡Pues claro, hombre, si ya te lo dije esta mañana; si tú no puedes estar mal nunca!»

Mientras el torero se viste, procuran todos tener un aparte con él, que tiene por objeto conseguir el irse a cenar con la figura del toreo, eliminando de paso a los demás íntimos. Si uno de estos propone en voz alta: «Bueno, yo creo que esta noche nos hemos ganado una juerguecita. Hasta dentro de cuatro días no tienes toros. Te puedes acostar a las cuatro tan ricamente!» El resto de los amigos se miran unos a otros. Hacen causa común para que vea el torero que ellos no son unos insensatos, sino amigos de verdad. Y uno cualquiera, exclama: «Las juergas se han hecho para el final de la temporada. Lo que debes hacer es cenar aquí en el hotel y acostarte a una hora prudencial». El otro se engalla. «¡Hombre, parece mentira, ni que fuera un párvulo y nosotros sus amas de cría!» El matador decide. Decisión que todos acatan sin rechistar. Y si esta determinación es no ir con ninguno de los presentes, en ese caso se forma el frente único y todos comentan en voz queda y cariacontecidos por el fracaso: «¡Nada; si con este hombre es imposible. Si se irá con Mengano, que le trae a mal traer; que no es amigo ni es nada, sino un mangante que se las da de gracioso!» Y todos están conformes en que Mengano es un sinvergüenza que no quiere más que presumir de la figura del toreo. ¡Ellos son los puros, los desinteresados, los que son amigos de la persona, no del torero!

El tema de la amistad hacia la persona y no hacia el torero es recurso muy empleado. Casi todos los amigos íntimos de este jaez aseguran formalmente que lo que ellos están deseando es que el diestro se retire, para entonces poder demostrarle su amistad. Y, en efecto, en cuanto un torero se retira, disminuyen sus amigos íntimos en proporciones fabulosas.

La cuestión de los consejos es delicada de suyo. ¿Cómo aconsejar a un hombre lo que debe hacer en un lance donde peligra su vida? En esta espinosa cuestión es donde los celos de los amigos se manifiestan con más virulencia.

—Pero, bueno —dice uno—; ¿pero es verdad que Perengano te ha dicho que debes torrear los Pablo Romero el domingo; pero es posible que se pueda llegar a tal grado de chaladura?

Si el matador responde:

—A mí Perengano no me ha dicho ni una palabra.

Entonces el amigo recoge velas.

—¡Ah, bueno, menos mal! Es que yo creí. En ese caso... Porque yo creo que no debes torrearlos.

El torero pregunta a otro de los amigos:

—¿Y tú qué opinas?

Consternación en los restantes. ¿Por qué habrá preguntado lo que opina a aquel palmazo y no a él? Todos se quieren comer con los ojos al interpelado, el cual, gozoso con semejante prueba de amistad, se pavonea lo suyo y después de un exordio que a todos tiene en ascuas, lanza su consejo.

—En definitiva, yo opino que lo que tú usas estará bien hecho.

¡El muy ladino; el muy adulón! Y el más indignado apostilla luego, ya solos, sin el opinante y el ídolo:

—Pues yo no concibo así la amistad. Yo concibo la amistad con franqueza, diciendo la verdad, aunque ésta sea dura. Para decir a todo amén, basta y sobra con el mozo de estoques.



DON LUIS MAZZANTINI

Por BARICO

DON Luis Mazzantini Eguía nació en Elgóibar (Guipúzcoa) el 10 de octubre de 1856, y murió en Madrid el 24 de abril de 1926.

Se presentó en Madrid como matador en una mojiganga el 22 de febrero de 1880; toreó su última corrida en España el 16 de septiembre de 1904 en la Plaza de Santa Olalla, alternando con Llaverito en la muerte de seis toros de Veragua, y toreó por última vez el 19 de febrero de 1905 en Guatemala. Mazzantini había ido a América acompañado de su esposa en dicho año de 1905, con intención de despedirse a su vuelta a España, de los públicos españoles y franceses. Se había despedido del público mejicano, y marchó a Guatemala a cumplir unos compromisos. Se encontraba allí cuando le llegó la noticia del fallecimiento de su esposa en la capital mejicana. Volvió a Méjico, y cortándose la coleta ante el cadáver de su esposa, ciñó una de las muñecas de la difunta con dicha trenza y no volvió a torrear.

Ya retirado, fué concejal monárquico y diputado provincial en Madrid, gobernador civil de Guadalajara y Avila y comisario de Policía en Madrid hasta 1923, fecha del advenimiento al Poder del general Primo de Rivera.

Luis Mazzantini era hijo del italiano José Mazzantini Varsgucchi, empleado en la línea férrea, por entonces en construcción, que va de San Sebastián a Bilbao. Era muy niño cuando marchó a Italia, de donde regresó a los catorce años, agregado a la servidumbre de la Corte de Amadeo de Saboya. En 1875 se graduó de bachiller, y se hizo luego telegrafista. Ingresó en la Compañía de los Ferrocarriles extremeños, y después de prestar sus servicios como factor, fué nombrado jefe de la estación de Santa Olalla. Hombre decidido, quiso salir de aquella esfera y ganar dinero. Pretendió primeramente dedicarse al teatro; pero se convenció pronto de que en aquella actividad no llegaría a sobresalir, y optó por el torero.

El señorito loco —que así le llamaban los toreros— no fué tomado en serio en sus primeras actuaciones; pero pronto ganó el respeto de sus colegas y la admiración del público por su irreprochable forma de matar.

Después de actuar en mojigangas, fué por espacio de tres años novillero, hizo dos viajes a Montevideo y el 13 de abril de 1884 Frascuelo le cedió en Sevilla la muerte del toro Costurero, de la ganadería de Adalid. Lagartijo le confirmó la alternativa en Madrid el 29 de mayo del mismo año con la cesión del toro Morito, de la ganadería de Murube.

Si como matador fué excepcional, como torero no llegó a altura envidiable. El, que era vanidoso, supo bien, por lo que respecta a sus condiciones de lidiador, hasta dónde podía llegar, y a este propósito se cuenta que toreando en las corridas de feria de Bilbao le tocó un toro bravísimo de Saltillo, con el que no sabía qué iba a hacer. Alternaba con él Guerrita, y don Luis —ya era don Luis— se acercó al cordobés, y en vez de pedirle claramente ayuda, quiso halagarle para que se la prestara, y le dijo:

—Oiga, Rafael, ¿quiere dejarme una muleta suya para ver si consigo torrear a este toro como usted?

Y Guerrita, con la ruda franqueza que le caracterizó, dijo:

—Coja la muleta que quiera; pero usted no torreará como yo aunque se acueste con Lagartijo.

Su alternativa vista por algunos críticos de la época

Es interesante reproducir lo que los periódicos dijeron de Mazzantini cuando éste confirmó la alternativa



—que había recibido el 13 de abril en Sevilla de manos de Frascuelo—en Madrid el 29 de mayo de 1884, tarde en la que Lagartijo le cedió el toro Morito, de la ganadería de Murube.

El éxito que logró Mazzantini la tarde de su presentación como matador de toros en Madrid sólo puede ser comparado al que logró Guerrita el día de su investidura como doctor en Tauromaquia.

Veamos lo que los periódicos de los días 29 y 30 de mayo decían al juzgar la labor del torero de Elgóibar.

La Correspondencia de España: «El nuevo matador promete mucho; arranca a matar muy en corto y con mucha verdad. Hay un buen torero en perspectiva.»

El Imparcial: «Mazzantini, en los quites y pasando, con mucha frescura; hiriendo, como no se suele ver en los días de gala con abono, y viceversa.»

Usted tiene lo primero que necesita un torero: corazón; siguiendo así, no va usted a sé Mazzantini; va usted a sé «Don Luis Primero.»

El Globo: «El catecúmeno Mazzantini toró con frescura, con valor y con fortuna. Le falta mucho para ser torero; pero tiene mucho adelantado para ser matador. Se tira en corto, se perfila muy bien y vacía perfectamente.»

La Patria: «De Mazzantini no hay que hablar; muy bien en general; promete ser el torero de la época.»

El Toreo: «Mazzantini ha demostrado lo que en otras ocasiones hemos dicho, y es que le ganarán pocos en el momento de tirarse a matar.»

Se tira a matar con arte, corto y derecho y perfilándose como es debido.

Con la muleta deja bastante que desear, así como en el manejo del capote.

Cuando maneje una y otro como la espada, será el primero de los diestros modernos.»

La Lidia: «Luis Mazzantini es valiente, y de un valiente se saca todo si le suerte ayuda y el valor no decae. Esto es, sobre todo, lo que el público ansía; porque el público está ávido de ver, siquiera sea en lejananza, un diestro que pueda ser émulo de Rafael y Salvador, y recoger su herencia en tiempos más o menos lejanos. Mazzantini acaba de demostrar que tiene dotes para suceder a los dos afamados matadores y compartir con ellos los aplausos de toda España. Esto es el mayor elogio que podemos hacer del nuevo espada.»

La Nueva Lidia: «En resumen, Mazzantini se nos ha presentado como un MAESTRO MATADOR y como un OFICIAL TORERO... Su alternativa ha sido un triunfo.»

El Burladero: «Mazzantini, como matador, tiene andados los dos tercios del camino; se arranca en corto, hiere en lo alto con conciencia y se despega los toros, vaciando en regla y saliendo por la cola.»

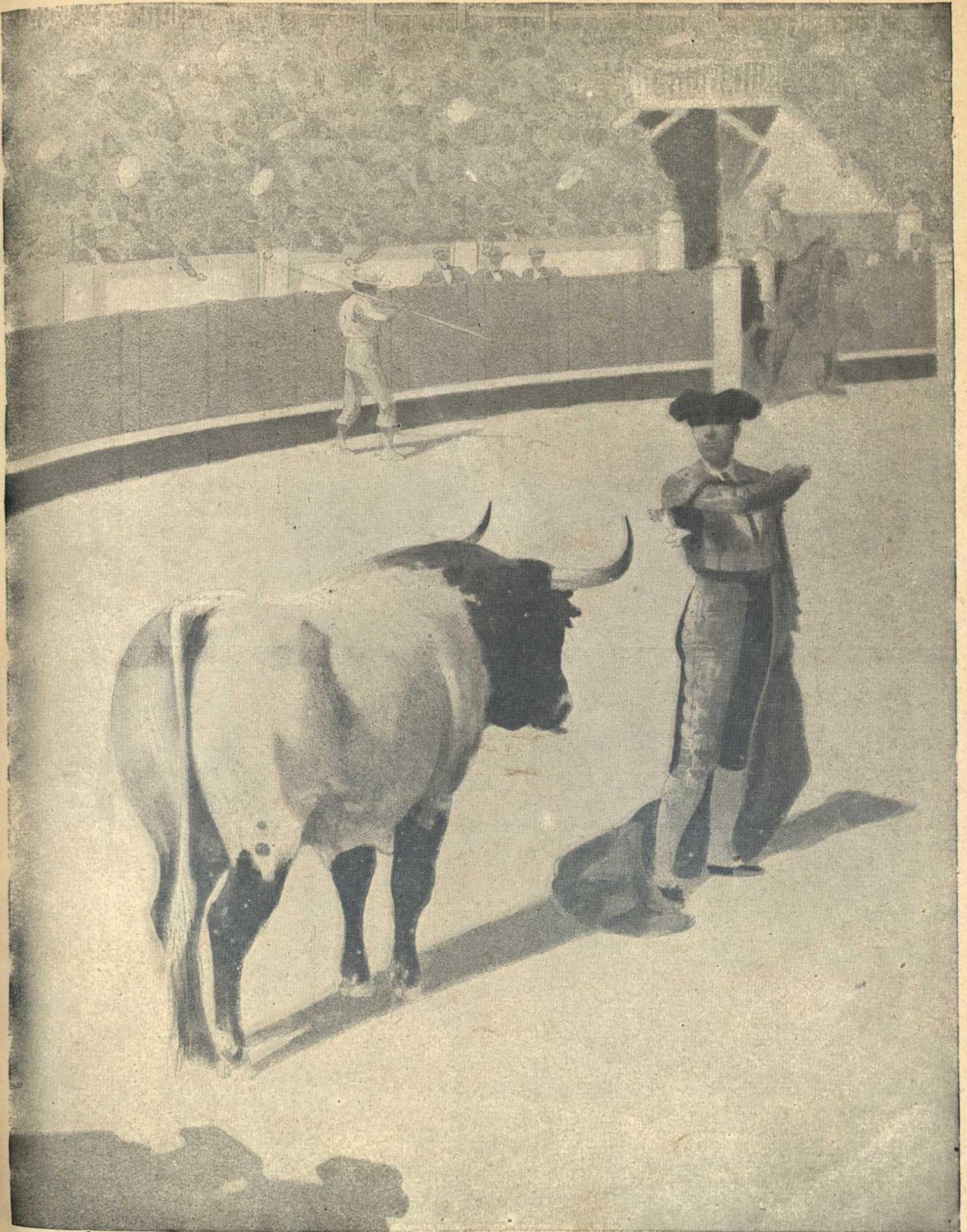
Con la muleta está inseguro para cambiarse oportunamente; se confía demasiado y se entabla; pero está siempre a la cabeza, con frescura y sin bailes... El novel matador reúne, en suma, condiciones y facultades que le colocan, desde luego, en primer lugar; el tiempo y los toros harán de él un torero completo. Por de pronto, muchos quisieran concluir por donde Mazzantini empieza.»

He aquí un torero que en la actualidad, posiblemente, no hubiera llegado a la alternativa con el único recurso de la estocada. Era un regular torero y un gran matador. Hoy la suerte suprema no interesa, o interesa a un reducidísimo grupo de aficionados. A los otros, a los espectadores, les basta con que el matador acierte el primer viaje, aunque la estocada tenga algún que otro defectillo. Por otra parte, aunque Mazzantini no decidiese dedicarse a lidiar reses bravas por afición, si, como dijo a su esposa, quería ser matador de toros, es posible que no pudiese, en los días que vivimos, conseguir su propósito por falta de toros.

**FESTIVAL
EN LINARES**

MANOLETE
en un gran pase con la derecha
(Fot. Mari)





Frente a frente
Dibujo de Peruv.



Toreros célebres: Luis Mazzantini
(Dibujo de Enrique Segura)